

**Florencio
Gambetta**

**Comisario de La
Gallareta**

de

José Vatalaro

... dedicado a todos los bueyes perdidos.

Palabras preliminares

El género policial, heredero del folletín, despojado de connotaciones históricas, sociales y psicológicas rescata, ante todo, el pensamiento lógico y exige el mismo pensamiento por parte del lector.

No pretende originalidad en la trama ni en los procesos ni en los personajes ni en los motivos usados para el crimen.

Hay buen número de diseños para encarar el relato policíaco, solo es importante que sean “esbozos”. Es decir, en el cuento o novela policial no se desarrollan las acciones a partir de los personajes, sino éstos a partir de las acciones. Se ve a los protagonistas actuar en secciones, en fragmentos, y su accionar es dudoso.

A su vez, los hechos siempre tienen que ser descubiertos por el método y la razón pues la historia se escribe después de sucedidas las catástrofes. Lo que sucedió puede deducirse.

En este libro encontrará el lector retazos históricos-geográficos-exclusivos de la Patria y su gente, sus hábitos y costumbres, su modo de vivir en otros tiempos, personajes que llevan en la piel las huellas de sus raíces, el carácter particular del matiz de cada uno de sus respectivos espacios direccionado hacia el submundo imaginario del autor.

Me siento impulsado por una fuerza irresistible de explicar la esencia de todo cuanto me ha rodeado, de expresarlo y darle una razón, sin importar si esto trae consigo consecuencias favorables o no.

Y entonces aparece en estas páginas un personaje central, un hombre de todos los tiempos: Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, ese buen policía haciendo de las suyas. Un hombre probo dedicado al cuidado del orden y la compostura, celoso de la Ley y obediente a más no poder pero, ojo, eso sí, duro como el quebracho a la hora de mandar y hacer obedecer, en especial cuando de pillos se trata.

Policía de mil años, varón de buen corazón, manos amplias y generosas, siempre listo a la hora de buscar el orden y producir justicia.

Al relatar casos como los que siguen se corre el riesgo de avivar el descrédito de quien lee y exponerse, inclusive, a que no admita qué se está diciendo. Pero como uno tiene veleidades de escritor y le gusta concebir personajes, ubicarlos en un contexto y narrar historias, igualmente refiere los casos y se atiene a las consecuencias.

Todo lo que sigue sucedió, no es invento mío (piénselo de este modo).

Quedará a merced de su razón entonces juzgar y dudar usando su criterio, su buen saber y entender. Claramente yo tengo ganas de que usted me crea, cómo no tenerlas, le digo la verdad, y me gustaría que aquello que está pronto a leer se interprete como la única verdad de lo sucedido en cada una de las ocasiones, sin aditamentos ni accesorios innecesarios, ni omisiones o falsos testimonios.

Después, saque usted sus conclusiones.

Comisarios eran los de antes

Un caso fácil de resolver para un hombre como él...

Los hechos ocurrieron en jurisdicción de La Gallareta, Provincia de Santa Fe, en el novecientos diez si la memoria no me falla.

Señalo que la memoria puede engañar, ocurre a una edad como la mía (noventa y nueve), mas no se tome nota de este detalle menor.

Por si lo está pensando, no espere de éste un relato puramente policial, no lo es.

Sí, en cambio, se trata de una rica historia de amores y odios en el año de los festejos por el Centenario de la Patria.

La vida de los cristianos se presentaba muy difícil en el norte santafecino en aquellos tiempos. Y no me refiero a los ricos estancieros dueños de las tierras y sueños de los demás, sino a los pobres infelices que tanto vivían apartados como abusados en las cañadas, en las espesuras, en ranchos alejados del caserío y del hombre

blanco generalmente inglés, o italiano venido de Piamonte.

Es sabido que el inglés tenía sus intereses ajustados a la región: “La Forestal”, esa infame compañía dedicada a explotar irracionalmente el quebracho para extraer su tanino y comercialarlo en el mundo; lo que no se supo en su momento (ni se sabe todavía) es por qué fueron los piamonteses quienes que se apiñaron a rehacer sus vidas en el norte de Santa Fe y en Córdoba, donde se congregan hoy muchos de sus descendientes.

Sus hogares, por llamarlos así, no eran más que pobretonas taperas abandonadas a su suerte por sus antiguos dueños latifundistas y por variadas otras razones propias de la época como asaltos en banda y ataques de malones que no vienen al caso detallar. Viejas construcciones de palo, barro y paja del Siglo XIX que se caían a pedazos después de un vendaval y que los infelices rehacían sin otra herramienta que sus manos para reconvertirlas en casas más o menos habitables.

Por entonces, vivían en el pago poquísimos habitantes contando la zona rural.

Algunos eran residentes y otros de paso, es decir, labriegos que trabajaban en la temporada de siembra o reposición de alambradas, o aquellos robustos braceros que llegaban de aparceros, casi siempre contratados para la recolección de arroz, tabaco y yerba.

La tierra no era gorda para el trigo, la alfalfa y el maíz. Había, sí, algunos campos de caña de azúcar, muy pocos, que tenían sus propios peones fijos a jornal que bien sabían hacer su trabajo en la zafra.

La mayoría de los que allí vivían eran mestizos, indios o criollos por ahí concebidos: es decir, mitad indio y mitad vaya uno a saber.

Gaucha, lo que se dice gaucha de a caballo, ese de poncho y facón terciado en el riñón, bota de potro y chiripá, pañuelo al cuello con sus iniciales bordadas como aquel de las grandes estancias de Buenos Aires o de la extensa Patagonia, talero en mano, luciendo valiosa rastra

de fino cuero repujado llena de medallas y monedas, sombrero de pelo bueno calado hasta la mitad de la frente, digo, ese no había en el pago, o se lo veía muy poco y siempre de paso.

Eran aquellos que aparecían de vez en vez acompañados por un séquito de laderos a revisar sus cuentas en los ingenios del norte, a controlar su producción en los arrozales, en los yerbales, en los tabacales, o por cuestiones encubiertas, guardando celosamente sus oscuros asuntos ocultos o viviendo amoríos clandestinos con las chinas del lugar.

En el norte de Santa Fe, en aquellos años pos fundacionales del Estado Nación, tarde o temprano todo se sabía: “Pueblo chico, infierno grande” dice claramente el refrán y así, a su justo momento, cada cual pagaba por tal, bien o mal, las consecuencias.

Y si algún forastero aparecía, un ajeno sin conchabo, seguro estaba de corrido o escapando de la policía por ladrón, estafador y probablemente matrero en el arte de matar, sería un sujeto

malhadado y mentiroso, un embaucador ocultándose en los pajonales a orillas del río, acosado por la justicia, como perseguido fuera el mismísimo Juan Moreyra.

Los domingos uno veía pavonearse a todo gaucho de paso en la pulpería o en el boliche de los blancos chupando ginebra, pitando tabaco del bueno o jugando al truco, siempre con la viola cerca y con ganas de pagar arriesgando el patacón, rodeado de asiduos parroquianos que escuchaban asombrados sus probadas andanzas y otras, claramente, macaneadas.

Todos sabían que allí donde había gentío alrededor de una mesa estaba el gaucho de paso, conversando, bordoneando en su guitarra un amable chamamé o la dulce zamba que enamora, bueno para el punteo, sabedor del macaneo y de cantor no le faltaba lengua al sotreta.

Andaba lejos del sur, el pago donde vivía, luciendo el facón cabo de plata y un par de espuelas baratas ganadas en algún entrevero de

esos que nunca faltan, y una chinita embobada que siempre cabía enancada a su espalda en el caballo.

En el norte de Santa Fe, a cien años de nacida la Patria, el que no corría volaba, era la manera de sobrevivir. Había demasiados peligros y la justicia escamoteaba la confianza del pueblo pobre.

El hombre debía estar atento a que no lo mate de un puntazo un mestizo pasado de mala bebida o una indiada con escasas pretensiones, un malón venido a menos para robarle con violencia no más que un cuero de nutria mal curtido, un par de alpargatas viejas o algo de escaso valor puesto en moneda, o que lo abra al medio a la altura del ombligo los colmillos de un padrillo, se lo coma el puma, lo pique la *yara* o peor, se lo lleve el inglés engañado a La Forestal en el límite con el Chaco para hacerle poner el lomo de sol a luna a cambio de un roñoso techo compartido, un catre de tientos trenzados y ese plato de sopa fría que duraba todo el día.

Era lo mismo que la esclavitud, derivando en su muerte lenta y silenciosa salvo que el infeliz, en un desesperado acto de arrojo y valentía, se les escapara a los ingleses para correr y perderse en el espeso *quebrachal* a la medianoche y aparecer muerto de hambre a los pocos días, de sed o de frío, mordido y desangrado, comidos por alimañas tanto manos como pies, atrapado en una planta Garabato, garras de gato, sin cuchillo que le sirva en la ocasión, imposible de salvarse, como solía ocurrir, y allí quedaba para siempre tirado su cuerpo en el monte sin que jamás nadie lo hallara o reclamara.

Pero ahora volvamos al argumento y a los que cifran los personajes de este relato.

Se llamaba Florencio Gambetta el Comisario de La Gallareta, hijo de un migrante italiano que llegara al país en un sucio y suizo buque mercante de polizón, trasladado al norte en carretón sin asientos a fines del ochocientos para “trabajar la tierra en Santa Fe”.

Así estaba escrito y sellado en sus papeles y durante muchos años trabajó, trabajó y nada más trabajó la tierra.

Gringo laborioso había resultado ser el padre del Comisario, de monedero grueso en su momento y bien habido gracias al esfuerzo de todos los días, de sudores en sus brazos, músculos en tensión y dudas en la sesera bajo la boina.

Pero fue una tarde de mucho calor (nadie supo qué bicho le picó) que agarró su monedero lleno, montó su caballo bayo y sin decir palabra el tano se marchó del pago al que nunca más volvió, dejando a su mujer sin un cobre y a once hijos de su sangre por criar, entre ellos el Florencio.

Era común en tiempos aquellos que de pronto sucediera una fuga de hogar de algún ganapán agrandado con muchos billetes juntados y una vieja fantasía rondando su cabeza.

Se preguntará qué tiene que ver esta historia del padre del Comisario Gambetta, pues bien, voy a contarle y usted mismo pasará en limpio

este relato y sabrá entender por qué creo yo que Comisarios eran los de antes.

Resulta que en La Gallareta había una china cada tres o cuatro varones, una rareza y poco menos que una calamidad para los varones (y para las chinas también), un fenómeno que se daba sin que las comadronas, sabias parteras de pura cepa, pudieran claramente explicar.

Basta decir que la parturienta hasta visitaba al brujo sanador para sacarse la duda y saber de buena tinta si el hecho de no parir mujer ocurría por su culpa. Hasta se llegó a certificar, de palabrería nomás, que las madres estaban *embichadas*.

En cambio, la verdad era otra, escaseaban las mujeres porque de mozas se las llevaban por la fuerza los indios a las tolдерías, raptadas sin que nadie o pocos se enteraran, de arrebató nomás, otras se iban solas, enancadas en los caballos de apuestos jóvenes errantes amparadas por el tibio manto oscuro de los

atardeceres para no ser vistas, era cosa común entonces, y vaya uno a encontrarlas después en semejante vastedad.

Vale decir que en realidad nadie salía por ellas, porque no era cuestión de andar haciéndose el guapo buscándola entre la indiada, usted sabe, la indiada no perdonaba y menos en esa época en que los indios ya trajinaban borrachos de ginebra, tacuara en mano o con armas de fuego robadas en fortines y caravanas.

Por tal, las chinas en edad de merecer que permanecían en el pago no daban a basto. Y era muy molesto para ellas, quedaban todo el tiempo gruesas y más tarde abandonadas por el padre ocasional con el crío en el vientre todavía.

Si el hombre andaba alzado y no tenía mujer para su goce lo que quedaba por hacer era robarse una china ajena y devolverla más tarde casi siempre preñada. Soltera, viuda o casada, analfabeta o no, de trece o cuarenta daba igual, de ahí surgía la cantidad de bastardos que poco a poco se iban congregando a lo largo y ancho de la

comarca. Y, como generalmente nadie se enteraba qué crío pertenecía a quién, la vidorria funcionaba sin mayores problemas y los críos seguían llamando *tata* a la pareja circunstancial de su madre.

El asunto es que esas mujeres jamás hacían revelaciones, no daban a conocer la verdad, nunca delataban, eran códigos que debían respetar por temor, por conveniencia o porque gustaban de pronto cambiar de monta, no fueron pocos los casos, revolcándose con algún potente mocetón en los pastizales.

Pero llegó el día en que una tal Teresa Dip se atrevió, habló, y las cosas cambiaron para siempre.

Teresa Dip era mujer de armas tomar por así decirlo, rondaba los cuarenta y en sus mocedades había sido bella rubiecita, una curiosidad si tenemos en cuenta lo que dicen de su origen.

No faltaron las malas lenguas que pusieron en duda la paternidad de su padre mestizo, más aún cuando a la madre de Teresa la veían darse unos revolcones entre los juncos a la orilla del arroyo dos veces por semana con el Colorado, el polaco Podolsky. Además, para aumentar las sospechas y sostener las tertulias, sabido era y se decía que el supuesto padre polaco de Teresa había sido hombre de tanta fealdad que nadie daba por sentado que una chinita tan linda pudiera ser fruto de su sangre.

Así se daban las cosas entonces, deberá usted aceptarlas tal y como las planteo.

Como dije, un día Teresa Dip se atrevió a abrir la boca y cambiaron las cosas para siempre. Sucedió una mañana luego de que el gallo cantara tres veces. Habrán sido las ocho, ocho y media, cuando se hizo presente en la Comisaría de La Gallareta a denunciar a un hombre, a un tal Bonifacio Quiroga, acusándolo de abusar de ella y sus dos hijas: la Juana y la Matilda, y que el acto depravado había sido en su propio rancho, sorprendidas durante la noche.

Que las había abusado, dijo, hasta quedarse dormido tirado en el suelo después de comerse un choclo hervido sobrante del mediodía, de fumarse un armado picante y borracho de ginebra.

Es cierto que Teresa Dip era una más entre los personajes del pago, no voy a negarlo. Decía ser viuda pero no revelaba de quién. Que no recordaba siquiera el nombre real del difunto a quien llamara cariñosamente Colíncho y que con él creía haber tenido a sus dos hijas.

Las tres vivían en una choza que no llegaba a ser rancho, choza blanqueada de rosa pues en cada primavera la pintaban con una mezcla de cal y sangre bovina.

El rancho, lo llamaré así, fácil de encontrar porque era el único de color rosa, que quedaba a mitad del viejo camino al viejo cementerio pasando una legua por el viejo matadero al otro lado del pueblo parecía salido de un cuento.

Juana de dieciocho y Matilda tres años menor, bonitas las dos (habían salido a la madre),

tenían parecidas facciones y no se podía dudar de que fueran hermanas.

A fuerza de ser sincero debo admitir que no era del todo procedente que viviesen tres mujeres solas y apartadas al otro lado del pueblo cerca del monte en tiempos aquellos. Pero el destino manda y no era cuestión para ellas andar eligiendo compañía y un lugar de residencia.

Para sobrevivir (una forma de decir), madre e hijas trabajaban su huerta, tenían un chivo padrillo y dos cabritas que daban leche, tres mandarinos, un ciruelo y patio grande con gallinero. Un gallo alto y crestudo más seis ponedoras completaba la hacienda.

El Comisario Florencio Gambetta, como todo buen Comisario, conocía en persona a los vecinos, inclusive a Teresa Dip, claro, a sus dos hijas y, de mentas, al tal Bonifacio Quiroga, célebre por el mote guaraní de *Tembó Guazú*.

No fue aquella la primera vez que el malvado abusaba de tres mujeres en una sola noche. Afamado el hombre y memorables sus actuaciones que hasta las chinas más encendidas, con cualquier excusa, salían a querer *cazarlo* al menos una vez en la vida a la hora de la siesta y revolcarse en el pajonal “*pa´ probarlo nomaj*”.

La *milicada* también salía a buscarlo pero no para probarlo... para achurarlo. Las partidas no paraban de salir de ronda por orden del juez. Y no tanto por violar mujeres sino porque cierta noche despanzurró y se comió los riñones de un carnero campeón propiedad del copetudo Mc Kenzy, un escocés millonario residente en Buenos Aires que vivía tres meses al año cerca de la frontera con el actual Chaco, propietario de tierras, amo y señor, patriarca, patrón de los cristianos y dueño de todos los animales domésticos y salvajes hasta donde se podía ver.

Así de empoderado estaba el sujeto.

Mas el muy escurridizo Bonifacio Quiroga, sabedor de todas las tretas ideadas hasta allí, se

las ingeniaba para burlar a las partidas y entonces los milicos debían volver al cuartel con las cabezas gachas y el odio visceral multiplicado por dos durante el camino de regreso, relegando las pesquisas para los días subsiguientes.

Pero sigamos con la historia.

Hubo quienes aseveraban que Teresa Dip era, en realidad, viuda dos veces. Y las dos veces se la sospechó nada menos que de haber matado a sus maridos y enterrarlos en los fondos del rancho, cubiertos de cal y cortados en pedacitos, colgándole así el San Benito.

Cosas que se decían entonces pero, como ninguno de sus dos maridos valieron un céntimo vivos y menos aún muertos, no hubo cristiano, juez o cura disponible a quien le viniera en gana la idea de buscar los pedacitos y hasta el día de hoy no se sabe si realmente los hechos ocurrieron o fueron pura leyenda, otro macaneo, un invento que fue perdiendo altura entre la gente con el paso de los años.

Como verá, este relato está plagado de curiosos personajes, lugares y hechos. Por eso voy a aceptar que piense que es, en un punto, inverosímil.

Bonifacio Quiroga había trabajado en el ferrocarril de los ingleses tendiendo vías, después como ayudante del fogonero hasta que un día, irascible como era, se hartó del maltrato del maquinista y lo quemó en la propia caldera de la locomotora.

Seis meses tardaron las autoridades en encontrar restos de huesos calcinados, la hebilla del cinto, un botón de lata y dos molares del maquinista adentro de la caldera. Pero, cuando la justicia resolvió aprehenderlo ya era demasiado tarde, Bonifacio se había ido lejos.

Hubo un año que se asentó en rancho ajeno al otro lado del río, arrimado a una joven correntina que lo acostumbró, entre otras cosas, al uso de guantes para el cuidado de la piel, así como lo oye, a ensebarse las manos tras las faenas y a

frotarse con una mezcla de manteca y manzanilla las patas de gallo en las noches antes de irse a dormir.

Fue la época en que a Bonifacio se le daba por usar gomina a lo porteño y loción barata para el cuerpo, tengo razones para sospechar que esto fue así, ya verá usted por qué.

Que se portaba bien, que era buen varón se decía, cariñoso y querendón, que le guardaba respeto a la correntina y que corría con los gastos de la casa nadie lo puso en duda en su momento.

Pero como no se pudo dar debida fe, Bonifacio siguió siendo considerado un renegado, un diablo perseguido por la justicia y peligroso. Aunque, insisto, no faltaron las chinas que querían topárselo, ansiosas por comprobar su reputación de macho cabrío, tantearle el *tembó* y de paso, por qué no, acariciarle las manos suaves y enebadas, atípicas para un hombre de su catadura en aquellos tiempos remotos.

La espina interior de Teresa Dip le picaba la sesera, no era para menos, temía haber quedado

gruesa esa noche. Y, peor aún, que también hubieran quedado gruesas sus hijas.

¡Dios les valga, pobre mujeres!, las tres preñadas a la vez por el mismo hombre sería una calamidad. Raro pero posible. Lo que hubiese resultado una verdadera desgracia, a decir de la propia Teresa, y una vergüenza de nunca acabar.

Igual se sospechaba de antemano que a nadie le hubiese importado sus preñeces, hay que decirlo, como ocurría a menudo en el pago, pues nada le afectaba demasiado a nadie más que cuidarse del otro y sobrevivir.

Sin embargo no hay que olvidar que para padres y maridos, hermanos y novios, el *tembó guazú* de Bonifacio Quiroga era considerado un instrumento de depredación, una herramienta dañina sobre todo para las muchachas y más de un varón se lo quería cortar.

A eso debía prestarle atención la *milicada*.

Vuelvo ahora a Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta. Él era un buen hombre y llevaba algo de tristeza en su mirada. Nunca se había casado ni tenido hijos por ahí.

Se reclutó como vigilante en el novecientos y su reputación tanto fue creciendo que el gobernador lo ascendió a Comisario en menos de diez años.

Fue él quien detuvo, por ejemplo, al peligroso “Cara con Mango”, delincuente rosarino, el peor de todos los cuchilleros de Pichincha, ese barrio canalla y prostibulario del cual escapó para esconderse en La Gallareta, narigón malvado y predador, un matador de cristianos que tuvo a mal traer a todo el pago, ya sea asaltando, robando chinas, achurando terneros para comerles nomás la lengua o haciéndose de los mejores parejeros con sus riendas y aperos, estribos y cabezal.

Lo peor que podía sucederle a un criollo con veleidades de gaucho era quedarse sin su caballo y tener que volver al rancho de a pie. Para ellos valía más el caballo que su mujer, y habiendo

conocido yo a varias de esas mujeres, concuerdo con aquellos que no vacilaban en alegar las buenas razones que los gauchos tenían para preferir al caballo.

El arresto de “Cara con Mango” había sido su más notorio éxito en procedimiento policial.

No hacía mucho que Florencio Gambetta estaba a cargo de la comisaría de La Gallareta cuando sucedieron los hechos que hoy me toca relatar.

Más o menos tres meses de gestión fueron suficientes para ir conociendo a todos los vecinos de la zona, personalmente o de mentas, ese raro modo que tienen los milicos de ir sabiendo todo lo que quieren saber de cada uno de nosotros sin moverse de su silla.

Son como baqueanos y no exagero, reconocen al chanco con verle nomás la pisada. No se extrañe usted si al observar la huella le indiquen muy resuelto: “chancho overo, macho de cien kilos, tiene un colmillo roto y anda rengu de la zurda”. Créame si le digo que milicos y baqueanos

son igual de rastreadores. Nadie como ellos para semejante tarea.

Y si todo es cuestión de práctica y olfato, pues práctica y olfato nunca le faltaron a Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta.

Teresa Dip era una mujer insistente, quiero decir... una porfiada. Le pidió de mala gana al Comisario que enviase al Sargento inmediatamente a prender al Bonifacio que seguro estaría durmiendo la mona tirado en el suelo de su rancho todavía.

Y así se hizo.

El Comisario, pensando que el inculpado ya se habría mandado a mudar y sólo para darle el gusto, dio la orden y raudamente partió el Sargento en su oscuro a traer a Bonifacio Quiroga detenido.

A partir de ese preciso momento, dadas las circunstancias, el Comisario empezó a creer seriamente en la veracidad del relato de Teresa Dip. Además, se relamía sabiendo qué buen poroto

iría a anotarse si apresaba a un renegado tan buscado y servirlo en bandeja al juez.

No había nada más grato en esta vida para Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, que respetar la Ley, hacer bien las cosas y cumplir con su venerable deber de funcionario.

Y ésta era una gran oportunidad que no estaba dispuesto a dejar pasar.

Cuando regresó el Sargento, cumplida la orden, vio que estaban todos esperándolo en la puerta de la comisaría a la sombra de un algarrobo. Traía a Bonifacio Quiroga terciado en el anca del oscuro, borracho como una cuba, sucio y repugnante, con los calzones debajo de las rodillas y el culo blanco apuntando al infinito.

Nadie de los presentes podía creer que el desgraciado llegara canturreando un cielito en ese momento.

El Sargento, hombre recio si los hay, de gesto adusto y pocas pulgas, lo tiró de arriba del

oscuro y el Bonifacio fue a caer al suelo como una bolsa de papas quedando despatarrado a los pies del Comisario y de las tres mujeres que miraban azorados.

Al golpear el cuerpo la tosca, ese suelo querido del norte santafecino y duro como la piedra, sus huesos hicieron un ruido tan fiero que todos dieron por cierto que se había quebrado la cadera. Pero no fue así, el cuerpo de Bonifacio Quiroga tanto resistía los golpes en el cuerpo como en su cabeza el cachiporrazo, la misma cabeza que una vez aguantó el tremendo golpe de machete que un granjero le diera en represalia por querer robarle un choclo en el maizal y desde entonces, afeitada su cabeza, luego de once suturas, lucía una poco honorable cicatriz hasta que por fin se perdió bajo la renovada lana de su melena.

Una vergüenza, si vamos al caso, para un hombre tan temido quedar marcado de un machetazo por un simple granjero por querer robarle un choclo.

Tirado en el suelo, Bonifacio siguió cantando su cielito dando señales de no saber dónde diablos estaba y haciendo qué cosa en ese momento. Hedía a ginebra, tal como dijera Teresa en su denuncia.

Y a vómito también.

Teresa y su hija Juana, ambas indignadas, corrieron a patearle las ijadas, pero Matilda no. Matilda se agachó a cubrirle las partes a Bonifacio y se tentó a tocarle el *tembó* mas desistió a tiempo dando por cierto que sería una imprudencia. Y entonces, ante la sorpresa de todos, la joven le acarició con palmaria ternura su pelo ensortijado.

Tanto sorprendió al Comisario que en suspenso quedó cuando vio que Bonifacio Quiroga, maleante de siete suelas, pendenciero y violador, temido por los indios inclusive, buscado por las partidas, con un alto precio que el juez había puesto a su cabeza, respetado por diestros y siniestros, macheteros y malevos, compadritos cuchilleros y gauchos de mandoble fácil era un hombrecito

debilucho, de cutis pálido y pocos kilos de peso, un insignificante que ya rondaba los sesenta.

¡Increíble situación!

Tenía las manos chiquitas, bien cuidadas, dedos flacos como de pianista y el cabello parcialmente encanecido de la frente a la nuca.

Las pocas ropas que vestía eran no más que harapos y además, usted no me va a creer, el hombre cantaba lindo.

Aunque en tal situación, el infeliz conservaba esa hermosa sonrisa que hace enternecer al más pintado y enamora a las chinitas.

Tan rara primera impresión se llevó el Comisario que puso en seria sospecha si en verdad el hombre que estaba tirado a sus pies era el más buscado por la policía, mucho dudó que se tratara del despiadado Bonifacio Quiroga.

Hubo gran barullo, una confusión que fue creciendo. Por un lado Teresa Dip y su hija Juana que seguían pateándole los ijares a puro insulto nomás y, por el otro, Matilda, que lloraba y pedía

que no lo hicieran, gritando a su madre y hermana que dejaran al hombre tranquilo mientras trataba con denodado esfuerzo de subirle los calzones y acomodar sus pantalones.

Entretanto, el Sargento miraba al sujeto de arriba del oscuro con ganas de *amasijarlo* a rebencazos y el cabito Murabito observaba acontecer parado detrás de la ventana del único cuarto que había en la comisaría (el otro era un calabozo con letrina en el fondo). Atrás, un patio de tierra con asador a la sombra de una parra completaba el lugar.

Fue así que Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, milico ducho en la tarea, dudó qué hacer o decir en ese crucial instante.

Mas tomó una decisión.

Luego de unos segundos acomodó sus ideas como habitualmente lo hacía y ordenó que todos fueran de patitas y en fila adentro de la comisaría.

Hizo sentar a Teresa y a Juana en una misma silla de paja y destartalada dado que no había sillas suficientes. En otra, a poco más de un metro, se sentó Matilda que moqueaba tristona por la golpiza propinada a su violador y la pobre, como no tenía pañuelo a mano, se limpiaba la nariz con el puño de la blusa.

Sobre el piso de ladrillos lustrados a lampazo y kerosén y gastados por el paso de los años, apoyada su espalda en la pared, con las piernas abiertas y orinado de la cabeza a los pies había quedado sentado y cantando esta vez un valsecito el tal Bonifacio Quiroga.

Movía las manos como lo haría un director de orquesta sinfónica siguiendo el armonioso compás. Al pie derecho le faltaba su alpargata. Hedía a rancio y sonreía el muy bribón con los ojos entrecerrados.

En la tercera y última silla disponible, detrás de su escritorio, se ubicó el propio Comisario listo para tomar oficialmente la denuncia.

La dicente reconoció al abusador y su hija Juana también, pero no así Matilda, que parecía estar sufriendo más de la cuenta. La chinita tenía razón al decir con voz entrecortada que nadie podía prohibirle buscar su felicidad, que el hombre que ella quería para su goce y diversión lo había encontrado nada menos que en ese depravado sujeto que bien podría ser su abuelo.

¡Una calamidad!

Imagine usted las caras que pusieron su madre y la hermana mayor al oír semejante confesión que, más que confesión, fue clamor de la chinita.

Al Sargento tanto se le aflojaron las piernas que, por poco, no se cayó de rodillas al oír el comentario de Matilda y el Comisario, boquiabierto, no pudo evitar quedar en suspenso, como si hubiese escuchado rezar el Padrenuestro al mismísimo Belcebú. Casi sin poder respirar, dado el impacto emocional que le causó la inesperada confesión de la chinita (créame que los Comisarios también se emocionan), no podía aceptar que

Matilda quería quedarse a vivir con Bonifacio, y que sería muy feliz viviendo con él. ¿Necesidad de un padre, tal vez?, pobre niña, lo pensó, nunca se supo.

Un hecho disparatado que, al fin de cuentas, no podía permitirse, no debía permitirse. Ni pensarlo siquiera. La situación era un dilema difícil de resolver.

Esto pasaba en La Gallareta en el novecientos diez. Yo le advertí que sería una historia difícil de creer. Pero mejor sigamos porque no termina aquí. Prepárese para más.

Vueltos del asombro reaccionaron todos y el procedimiento policial siguió su curso.

Concluida la declaración de denuncia con todas las formalidades que la ley impone, las tres mujeres regresaron caminando a su choza blanqueada de rosa no sin antes firmar dos copias. Como usted podrá imaginar, el Comisario debió

escribir de puño y letra dos veces el texto de la denuncia con pluma y tinta azul, todo bajo un mismo tenor, acorde al mandato que la Ley exige.

Las vieron irse el Comisario y el Sargento, sumado el cabito Murabito, parados los tres detrás del único ventanuco en el frente de la comisaría. Cada cual con su íntima reflexión: el Comisario queriendo resolver pronto y bien el problema, el Sargento con ganas de escarmentar a Bonifacio con dos fieros talerazos y el cabito Murabito, alzado como siempre estaba, deseoso de conquistar el corazón de la bella Matilda y tumbarla cuanto antes en el pajonal junto al río.

Unos pasos por delante caminaban Teresa Dip y Juana tomadas del brazo, atrás andaba Matilda limpiándose los mocos con un trozo de papel secante que de puro zorro nomás, y para llamar su atención, galantemente le ofreciera el cabito quien, como dije, ya le había echado el ojo.

El Comisario, hombre de gran corazón, amante de la justicia, sintió profunda y consciente lástima por las tres. En realidad sintió mucha

lástima, toda aquella que un Comisario pueda sentir.

Sin perder más tiempo ordenó al Sargento encerrar al preso en el calabozo y pidió al cabito Murabito que le trajera una pluma nueva, reponer tinta en el tintero y le alcanzara un pliego con el membrete oficial de la comisaría para escribir el parte preventivo y contar lo sucedido al juez.

Estaba ansioso por darle al magistrado la buena nueva: que el temible Bonifacio Quiroga había sido aprehendido por él y sus hombres y preso en su jurisdicción, el mismo que ahora estaba durmiendo en el calabozo hasta tanto se le pasase la mamúa para luego poder tomarle su declaración de imputado acusado de abuso agravado y así ponerlo a disposición de la justicia como corresponde a un Comisario respetuoso de la ley, del orden y de las buenas costumbres.

Antes de proceder a redactar el parte, Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, formalista como ninguno, ordenó al Sargento que

usara como testigo a un vecino cualquiera elegido al azar, en lo posible que supiese leer y escribir y en su presencia requisara al detenido. Que pusiera luego sobre su escritorio los efectos personales del reo.

Mientras, mandó al cabito Murabito que ese día estaba de guardia a calentar agua en la pava. Tenía mucho trabajo por hacer y, como buen cuartelero, disfrutaba de largas rondas de mate (gran compañero, el mate, para la *milicada*).

Además, hay que decirlo, no estaba muy ducho en el manejo de la pluma y le costaba escribir sin errores, la buena ortografía era para él una condición... ¿cómo decirlo?, altamente complicada. Si bien había terminado la primaria, hombre de cierto orgullo y mucha dignidad, prefería escribir lento, tomándose su tiempo y con cuidado, pensando cada palabra para no pifiarle a las letras y que entendiera el juez que el Comisario del pago era poco menos que un burro.

Grande fue su sorpresa cuando el Sargento fue colocando las pertenencias del reo a la vista sobre el escritorio.

No eran gran cosa, hay que decirlo: dos patacones de plata valor un peso moneda nacional, un ovillo de hilo vaya uno a saber para qué uso, un pañuelo de cuello que una vez fuera blanco, una vincha vieja, roja y sucia que decía “Viva la Santa Federación”, un potecito con sebo y un par de guantes nuevos.

Esto era lo poco y raro que tenía el reo en los bolsillos.

Estaba el Comisario listo para empezar a redactar el informe cuando vio que debajo de la vincha vieja, roja y sucia asomaba la punta de lo que parecía un papel amarillento prolijamente plegado. Lo tomó. Era, en efecto, un papel amarillento prolijamente plegado en dos partes iguales y luego en otras dos partes iguales más.

Florencio Gambetta, haciendo uso de su indelegable obligación de averiguarlo todo, como buen policía lo desplegó.

Se trataba de un viejo formulario impreso y completado con linda letra caligráfica en tinta palidecida y firma ilegible al pie, tenía estampado un sello de la “Casa del Inmigrante”, fechado en Buenos Aires el veintiséis de setiembre del ochocientos sesenta y nueve.

Escrito estaba en el formulario que el señor Giácomo Paolo Gambetta, oriundo de Viganella, Provincia de Piamonte, República de Italia, ingresaba como inmigrante al país.

Daba cuenta también que el joven ingresado tenía diecinueve años, de profesión carbonero y que había cumplido con las formalidades vigentes exigidas por las autoridades locales y requisitos propios para ingresar legalmente como un miembro más de aquella gran masa de gente desesperada que comenzaba a llegar de allende los mares, corridos por el hambre y la *malaria*, sobretodo de España y de Italia.

Se podía leer, además, en el viejo papel amarillento, que Giácomo Paolo Gambetta había sido destinado azarosamente a trabajar la tierra en

el norte de Santa Fe: "...lugar que será sede de su morada mientras con decoro y esmero se desempeñe acatando las políticas nacionales, las normas del lugar, la ley y las buenas costumbres".

Usted ya imagina lo que pasó a continuación.

Fue así que Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, luego de leer lo escrito en el formulario hizo una breve pausa, respiró hondo, le fue subiendo la sangre a la sesera y reaccionó al venirle a la memoria el día aquel que su padre se marchara para nunca volver, dejando abandonada a la familia, desamparada, librada a su suerte. Él era chango todavía, pero igual recordaba la figura de su padre italiano, en especial sus manos blancas y flacas, como de pianista, con dedos finos y largos que una vez lo acariciaron.

Sorprendido e inmóvil había quedado.

Luego, en un acto reflejo, dio un largo sorbo a la bombilla sin advertir las consecuencias, se quemó los labios y la lengua hasta arderle, mas no le afectó, esta vez la quemazón iba por dentro,

recorriendo palmo a palmo sus entrañas, entonces echó un insulto al aire y enseguida se puso a pensar: “¿Y si fuese nomás que el tal Bonifacio Quiroga no tenga nada de Quiroga y sea en realidad Giácomo Paolo Gambetta, mi padre?”. En vano se preguntó... pues sabía de antemano la respuesta.

Esperó ansioso que el reo despertara. Tenía reservadas muchas preguntas para hacerle al infeliz.

En otras condiciones no hubiese pedido más explicaciones pero, obligado a dar el paso, Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, estaba decidido a saber todo de la vida de ese hombre.

Le fue difícil aceptar la posibilidad de que el reo fuese su padre y se sintió con el ánimo alterado.

Basta con imaginar la situación.

Suspendió la redacción, lo mejor que pudo se acomodó en su silla y esperó pacientemente

durante dos eternas pavas mirando la nada por la ventana hasta que Bonifacio Quiroga despertó, tosió, se acomodó la ropa y recuperó la sobriedad.

Despabilado, al verse encerrado, de un salto se aferró a los barrotes del calabozo gritando como marrano en una lengua rara, mezcla de idioma y dialecto, exigiendo que lo sacaran de allí. Que no había nacido todavía el cristiano que intentara ponerlo preso y que, más tarde o más temprano, se las iban pagar una por una. Que no había *milicada* que lo maltratara de ese modo y que al primer descuido le metería una cuchillada en la panza al Comisario que se atrevió a encerrarlo detrás de los barrotes entre esas cuatro paredes, y que le sacaría afuera las tripas de un *tajazo* para comérselas después chamuscadas a las brasas.

El Comisario, entonces, bastante calmado ya, una suerte para el reo, ordenó que lo trajeran ante su presencia.

Así fue que el Sargento, cuya ojeriza crecía a cada momento, entró a la celda, evitó una trompada que le tirara el reo y de un fuerte empujón

lo estampó de frente contra la pared, lo maniató por detrás y se dispuso a llevarlo hasta el escritorio del Comisario que seguía en su silla con la punta del índice en la barbilla pensando qué hacer.

Se lo veía abstraído, pobre, frente a semejante realidad, miraba a su amigo el zorzal en lo alto de la parra oyendo sin escuchar su canto. Mientras, un cigarro de *chala* dormía encendido, humeante en el cenicero.

A su vez, el reo no dejaba de patalear, de gritar improperios y de advertir a los agentes con toda clase de amenazas: “Ya me las van a pagar milicos, *jué* puta” y agregó, llana y fatalmente: “¡Vaffanculo!”.

Al escuchar tronar en su comisaría la lengua de Dante, por así decirlo, en boca del reo que creía su padre italiano que los había abandonado, Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, perdió la compostura. Fue un resorte saltando de su silla y, hecho una tromba, algo así como un ventarrón dentro de cuatro paredes, sin

decir palabra y abriendo grande la boca para poder respirar dado el nudo en su garganta, se lanzó hasta donde estaba Bonifacio Quiroga a los gritos y fue así que dos tremendos sopapos a mano abierta, uno del derecho y otro del revés, sonaron a estallidos en todo el ámbito de la comisaría.

Tan inesperados fueron los fieros reveses del Comisario que el reo quedó en suspenso con el fuego ardiendo en sus mejillas, quietito, gorrión en la noche, chito la boca y a punto de llorar.

El silencio después de los dos chasquidos fue tan notorio que por un momento la comisaría parecía un camposanto el día lunes... cerrado y sin visitas.

Es que había sido tan enérgico y sonoro el sopapeo que hasta el Sargento, acostumbrado a dar y recibir más que nadie, hombre duro como la piedra, se agarró la cabeza con las dos manos creyendo que su jefe le había dislocado la mandíbula al infeliz.

Ni el Sargento, ni el cabito Murabito que miraba asustado, habían visto ni verían jamás así

enfadado, como salido de sus cabales al mismísimo Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta.

Metía miedo sólo con verle los ojos inyectados en sangre y esa notoria abrupta crispación, ese gesto de odio visceral que sus propios compañeros, inclusive, no podían teorizar.

¡Calmesé mi comesario, que le ái de trepar la presión y le venga el patatús!, le pidió el Sargento, casi como un ruego.

Y ya con esto dije todo, o casi todo, pues aún resta contar quizás lo mejor de esta historia. Como verá, de un pincelazo coloreé lo ocurrido aquel día en la comisaría.

Imagínelo usted, ¿puede imaginarlo?

Yo sí, y me pongo en el lugar del Comisario, por tal, entiendo y justifico su accionar.

Seguramente usted como yo y tantos otros en su rol de hijos habríamos sentido el mismo impulso de querer darle flor de tortazo en la jeta al

infeliz por vejar a tres mujeres solas e indefensas, pero también por haberse atrevido a abandonar a una madre con once hijos, algunos de ellos todavía de crianza, para andar en solitario por la vida buscando problemas, haciendo tropelías como ésta que acaba usted de enterarse.

Al cabo de unos minutos que parecieron interminables, en mitad de un denso silencio que hasta el aire pesado y húmedo de noviembre en La Gallareta podía cortarse de un navajazo, el Comisario, para aliviar la carga emocional que lo embargaba, respiró hondo dos veces más por la nariz exhalando por la boca. Hecho esto, dio una larga y última pitada a su cigarro de chala y soltó el humo lentamente por la nariz. Le exigió luego al infeliz que se sentara en la silla frente a él.

Después, como quien no quiere la cosa, decidido a todo, le ordenó al Sargento que antes de retirarse le desatara al reo las ligaduras.

Así lo hizo el Sargento y se retiró. La puerta del cuarto se cerró haciendo un leve chirrido de goznes oxidados y solos quedaron los dos,

padre e hijo, frente a frente, prestos a un tenso careo.

Bien podría compararse la situación diciendo que era igual a tener dos especies diferentes de fieras salvajes queriéndose atacar, mirándose como se miran los enfrentados a duelo, con recelo, dudando uno del otro, perladas sus frentes, trémulo el labio, sudorosos los brazos y las manos, sin siquiera pestañear, atentos a predecir acciones y reacciones, igual a dos gladiadores en la arena caliente del Coliseo Romano, un bárbaro y un hispano resignados a matar o morir en la ocasión para obtener el perdón, el beneplácito de un pueblo enardecido, ganar la perpetua libertad y la tan ansiada tranquilidad de conciencia.

Si hubiese sido por su propia voluntad, de haber podido, de tener la mínima posibilidad, ahí nomás y sin más trámites el reo hubiese achurado de un chuzazo al Comisario al primer descuido con un solo golpe del facón sobre la mesa, al alcance de sus manos. Ganas no le faltaban, no se atrevía, algo dentro de él lo sujetó, sonso no era, por eso no

se animó a desafiar a ese hombre sentado frente a él, tan cerca y con tamaña reciedumbre.

Quieto quedó el reo esperando acontecer.

Saltaban chispas de sus frentes, las miradas se posaron fijamente en los ojos del otro como halcones acechando la presa, los dos tenían los puños cerrados y apoyados temblorosos sobre la endeble tabla que hasta lograron hacer que vibrasen las cuatro patas de la mesa que repicaban en el seco suelo de gastados y no menos lustrosos ladrillos produciendo un tímido y sordo ruido.

El coraje contenido y tensos los nervios.

Quedaron ojeándose callados y el silencio hizo lo suyo, aún se oía a lo lejos el cantar del zorzal. Por fin, Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, con suma claridad y para evitar equívocos, usando su voz de trueno reservada para ciertos acontecimientos policiales (así hacen los milicos en su afán por cumplir mejor su tarea), habló y dijo de corrido como si lo hubiese estudiado de memoria, algo más o menos así: “Ahora tendrás que casarte con la tal Teresa Dip y tendrás una

familia, trabajarás de sol a luna hasta donde den tus fuerzas, serás sostén de hogar y cuidarás de tres mujeres, dejarás de beber, no enfermarás, serás buen esposo y el mejor padre de dos hijas ajenas, y que no me entere que has renunciado al trato gentil, y todas las tardes que restan de tu miserable vida, a la caída del sol, sumiso vendrás a esta comisaría a darme parte de tu actuación, a decirme todo lo bueno que has hecho en el día por esas tres mujeres, lo mucho que has trabajado la tierra, zanjado la cuneta, paleado la basura, ordeñado las cabras, alimentado las gallinas, recogido sus huevos, vendido los productos en la feria, dejado el patacón a tu esposa, pintado las paredes del rancho, arreglado la paja del techo, cortado los yuyos altos, limpiado el patio trasero y a contarme también la amorosa conversación del día que mantuviste con tu familia en el almuerzo, con tus hijas, y que no se te ocurra abandonarlas pues no será este Comisario que ves ahora aquí sentado y furioso quien saldrá a buscarte hasta el fin del mundo para darte flor de zurra y encerrarte de por vida, o achurarte de un sablazo en el pescuezo si preferís o es necesario, sino que será tu propio hijo

quien lo haga, el que una vez abandonaste, tu hijo menor, el que apenas si te conoció pero bien te recuerda, el que lleva tu apellido y te lo advierte así, de este modo, como que me llamo Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta”.

Dicho esto se produjo un renovado silencio tenso y expectante, incómodo para Bonifacio Quiroga, el ahora revelado italiano Giácomo Paolo Gambetta, quien aceptó la propuesta bajando modestamente la cabeza al tiempo en que comenzó a temblarle la pera frente a la figura majestuosa del Comisario, su hijo, que se había parado y para evitar la vergüenza, luego de pensarlo dos veces, en apenas el tiempo que tardó en arder, borró el origen de ese hombre quemando frente a él nada menos que el papel amarillento de la “Casa del Inmigrante” y rehacer así su identidad, reasignar la historia de ese hombre y asegurar que nunca nadie sabrá la verdad.

Ya no sería ni Quiroga ni Gambetta, sino Teófilo Babbini, nombre elegido por el propio Comisario para disimular y en razón del enrevesado acento de su padre mezclando idioma y dialecto.

Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, solucionó al caso a su manera, de la mejor manera, siguiendo usos y costumbres de aquella época: *mejor por las buenas*, ese modo tan particular de actuar que tenían los Comisarios de antes.

A propósito de Teresa Dip déjeme contarle que hacía tiempo buscaba *casoriarse* con alguien que cuidara de ella y de sus hijas pero, usted sabe, no resultaba nada fácil para una mujer de su condición encontrar al santo varón que quisiera poner la firma.

Además, flotaba en el ambiente la antigua versión de sus dos primeros maridos asesinados, cortados a cuchillo y enterrados sus pedacitos.

El miedo no es sonso, insisto, y entonces no había mozo que se animara a arriesgarse.

Por eso, al ser anoticiada por el propio Comisario de los *bienintencionados y sinceros* planes del ahora Teófilo Babbini de querer

desposarla y hacerse cargo de la familia, Teresa Dip, vivaracha como era, recapacitó y pensó que sería mejor dejar en el olvido el bochornoso suceso de la vejación y estuvo dispuesta nomás a casarse.

Y así sucedieron los hechos, eso creo, tal como aquí los relato pese a mi corta memoria de la que deberá usted siempre dudar.

Aquel italiano de sesenta años que a la fuerza fue redimido no por la justicia ni la *milicada* sino por su propio hijo, se casó nomás con Teresa Dip un domingo lluvioso de enero con misa y coro incluido, en la capillita del pueblo, no sin antes confesarse y tomar la comunión obligado por el cura.

A partir de ese día, aquel forastero italiano salido de la nada tuvo una esposa y dos hijas a quienes cuidó y respetó durante muchos años hasta su “extraña desaparición” sin dejar ningún rastro.

Ahora voy a revelar un secreto.

Como todo buen policía de carrera y vocación, Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, siempre dudó y gana no le faltó de saber puramente la verdad. Puede decirse que fue más fuerte que él.

Por eso, retirado de la fuerza luego del pitazo final de tiempo cumplido, viejito ya, viviendo lejos y gozando de los beneficios de su jubilación, después de varios años de sucedidos los hechos que generaron este relato, un buen día Florencio subió a su bicicleta y regresó a La Gallareta.

Lo hizo tan disimuladamente como aquel que llega a un lugar de paz y armonía con la incruenta manía de hacer el mal, actuó con el sigilo propio de un avezado cazador acechando a su presa.

Cierta noche, zorro viejo, para evitar que lo vieran (aunque de antemano sabía que ya nadie lo conocía ni se acordaba de él), colmadas sus ansias por enterarse de la verdad, haciendo uso de la necesidad de indagar hasta el final como todo buen policía lo haría y apartar de su cabeza la

duda, calzado con alpargatas *suela de yute* para no hacer ruido, cual un fantasma marchó hasta los fondos de lo que quedaba del rancho detrás de la alameda, aquella choza pintada de rosa donde viviera Teresa Dip y sus dos hijas hermosas, miró a los lados y vio nada más que lo seguía la tenue luz de la luna y el sutil resplandor de miríadas de titilantes cuerpecitos luminosos, cristales brillantes que se ciernen inmaculados sobre nuestras cabezas en las noches claras, pendientes de un sideral cielorraso azul-negro abovedado y entonces, junto al búho como único testigo, espectador inesperado mirando suceder desde lo alto de una rama con ojos brillosos y dorados, Florencio Gambetta, quien fuera Comisario de La Gallareta, se vio solo y cobró ánimo.

Hondo respiró, no sin esfuerzo se hincó, tomó la pala que a propósito llevaba terciada en la espalda y empezó a remover cuidadosamente la tierra.

Chileno el hombre había sido

Llegó al país en un tiempo olvidado...

Chileno el hombre había sido, matón y pendenciero, de los pagos de un arriero que cierto día cualquiera por poco no achuró a dos locos sueltos que andaban queriéndole robar su caballo, tiempos de patrones y lacayos, y se comió flor de gayola de medio año en calabozo, cuero duro tenía el mozo porque al salir, justiciero se creía, fue al boliche “La Manía” a buscar al funcionario y de dos solemnes sopapos le partió la jeta al jineta, el tal Comisario Gambetta, Florencio de nombre propio, hombre probo si los hay y a cargo de La Gallareta, también de pocas pulgas, de la ley muy obediente y del juez tan respetuoso, que nunca se hizo el oso cara a cara con el guapo, y usando la mano abierta del derecho y del revés, con cinco dedos a la vez le hizo volar los dientes, que el pobre anduvo sufriente sorbiendo de una pajita que hasta el Cabo Murabita, varón zonzoso si los hay, hombre de escasos cojones oriundo de Los Horcones, se destripaba de risa escondido en los rincones.

Renovado, el Comisario salió a buscar al sujeto, lo halló panza arriba entre las pajas fumando chala, no se la esperaba. Para qué detallar cómo quedó el pobre arriero en manos del funcionario, mejor dicho en los pies, con su marca en el orillo. Bien se la hizo sentir, cómo habrá sido de fuerte el *patadón* en el culo que no pudo montar ni un poni por romperle el tal *huesito*. No sabía el infeliz con quien se metía realmente y acabó en prisión de repente, mucho tiempo por delante anduvo sentado en silleta, con suave almohadón de seda para aliviar el dolor en las posaderas.

Pero esta es historia pasada, un entrevero del arriero guapo y fiero con el Comisario Gambetta en aquel tiempo olvidado, no vale la pena ahora contar los pormenores.

Hablemos, sí, de nuestro hombre, el que da vida a este cuento: el chileno Malacara, venido de Valparaíso, donde hizo lo que quiso hasta que lo halló la *milicada* chupando en una ranchada junto a sus bravos secuaces en la vieja cañada pasando el Alto Paraje, y debió escapar de raje cruzando la cordillera oculto bajo una arpillera (manta criolla y

berreta) soportando el ajetreo de tremebunda carreta.

Fue así que llegó al país, insisto, en un tiempo olvidado.

Malacara era su apodo por tener en la frente un manchón de mala suerte producto de nacimiento y en su fea nariz qué terrible cicatriz le dejara aquel codazo de un matón de fuerte brazo de apelativo “El Malvado”.

Al llegar el chileno se instaló, como quien no quiere la cosa, en Barrancas del Sur entre Chiloé y Las Fosas, fiero barrio de *malandras* con cero *vento* en el bolsillo, fue astuto *poligrillo* buscando el tiempo entero meterse en algún entrevero pa’ juntarse unos mangos.

Malacara tiene el lema que repite a truco y treta: “*Agarráte* si me apuro a tajarte de un *lao* la jeta”.

Así de malo era.

La curiosidad aumentaba el interés por el tipo, crudo, enérgico y cansino en su modo de

andar, tan común en arrabales, hacedor de constantes malestares provocados porque sí a más de un inocente que moraba por ahí. Hasta una vez yo lo vi con estos ojos propios míos agarrarse contra otros, metió la diestra en el dorso a la altura del tahalí, ligero cual colibrí sacó el puñal *cabo e´ plata* y enredando en su antebrazo el negro poncho *criollazo* asestó ocho chuzazos, sí, ocho, cuatro de cada lado en la andorga a los matones, que cayeron cual jirones con las tripas fuera del cuerpo y ese olor a perro muerto muy difícil de aguantar.

No se conoció mujer que acollarara al sujeto, solamente una querida que de vez en cuando rondaba su rancho en las afueras, colorada la madama, alta, gruesa y medio fiera, según como mirar se la quiera, orejas en punta y nariz *pico e´ loro*, cintura ancha de pollo, llena de manchas la jeta y ese enorme par de *tetas* saltándole de la blusa que muchos querían ser crío *pa´ prenderse de queruza*.

Inquiriendo las causas que armaron flor de quilombo, pregunté sin hacer bombo a todos en la

barriada, mas nadie me dijo nada de este Otelito trasandino.

Verá usted por qué.

Resulta que el infeliz era celoso nomás, resentido y escamado, no quería que un *alzado* se acostara con la mina, pero la moza dispuesta era mujer más que lista, siempre alternaba en la pista tango, milonga y comparsa, meta *vigüela*, flauta, acordeón, rindiéndose al patacón del gaucho que se acercara.

Un día saqué en limpio que su querida era buena, que lo amaba de verdad mas él no daba crédito. Penélope que no miente, diría Homero en “La Odisea”.

“Palabras sueltas *nomáj*, lengua larga e’ mujer igual a la de una serpiente”, decía el imprudente en larga ruedas de amigos cuando todos le decían que le era fiel de verdad.

Que en cierta madrugada, se contó aquella vez, mientras juntos dormían en noche cruda de invierno recogidos en la cama, la soñó en brazo

ajeno frotándose la fulana, y ante semejante macana, el tipo se hundió en el infierno dormido así como estaba, no era Virgilio ni el Dante el protagonista del sueño sino el Pardo Vidal, su encarnizado rival que jaquecas le traía induciendo gran dolor a sus viejas fantasías, joven rápido para el cuchillo y tentador en el amor. La colorada mañosa resultó ser engañosa, en el sueño se advertía, pues caídas de ojos le hacía al joven casamentero. El Malacara sufría a causa del tal Vidal y dándole por igual, ni lerdo ni perezoso, en el sueño probó hacerse el oso para evitarse los problemas y la extrema dura pena que debería aguantar después de mucho batallar encerrado en cuartelillo donde el frío calaba huesos de milicos y de pillos.

Se dijo también que, a medio despertar, su rival ya no estaba, que se había esfumado del sueño mas lo había visto patente, que al primer grito estridente de la querida a su lado, después de un sobresalto al que se llamó espantada, volvió en sí el Malacara despertándose del todo y viendo que estaban solos, en calzones él y ella en camión, le

extrajo del pecho el facón donde se lo había clavado.

Pesadillas que le dicen, pobre mujer, por haberla visto irreal en brazos del Pardo Vidal murió durmiendo esa noche. El *faconazo* profundo le llegó al corazón, “al menos no sintió nada”, dijo después la peonada.

Su querida, al fin se supo en el momento preciso, no había hecho alarde, fingido pena, ni faltado al compromiso sellado en noche de copas llenas al jurarle amor eterno en afable primavera. A la fe jurada nunca creyó el Malacara, estúpido ignorante que midió la voz de su amante cual un guante arrojado a su cara.

Una partida cargada más que de odio... de porfía, pronto lo fue a encontrar y derecho a la comisaría, allí lo esperaba nadie menos que Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, el mismo que anduvo sorbiendo en sorbete por el revés en el moflete que aquel arriero le diera.

El chileno daba pena sabiéndolo lejos del pago allá en Valparaíso, donde hizo lo que quiso

pues mañas no le faltaban, siempre escapando de la ley no obstante la *milicada*. Y la pobre colorada en mitad de la cama muerta con su gorro de dormir y las dos piernas abiertas, fiel al final le había sido. Ensartada con el facón fue digna del perdón de muchos en la barriada. Así se lo hicieron saber a sus deudos en el velorio, después vino el jolgorio por sacársela de encima y mandada pronto a enterrar, falsedad que le dicen: “Nada de ama y señora, ni monjita de guardar, flor de puta fue en su vida la colorada ladina”, apuntaban las comadres detrás de las cortinas veladas de ignorancia, mostrando su arrogancia, hablaban sin saber, que bien buenaza con él la mina había sido.

Por más puta que sea, el amor siempre llega.

Este cuento carente de gloria debiera quedar en la memoria de todos quienes lo leen. Los celos, amigo mío, corren fuerte como el río después de la sudestada llevando todo de frente, arrasando de repente con la calma y la paciencia.

Por eso, dice la ciencia, que al tragarse una carqueja antes de irse a dormir tanto el músculo se relaja como el nervio se empareja en profundo blando sueño o, como sugieren algunos, hacer como hacía Baco, dios de los mil destinos, beber tres copas de vino y llevar por buen camino el tinto color divino sin importar cuántas leguas... siendo potro o siendo yegua, *pa´* tener sueño tranquilo.

Crimen imperfecto

Será difícil para el lector creer el relato que sigue...

El cuerpo mutilado, carbonizado e irreconocible por donde se lo mirase, estaba a medio hundir en la cuneta cerca de Los Lapachos, al otro lado del río.

Cayó en manos de Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, la ocasión de resolver el caso que la ridícula prensa amarilla, en un acto de claro desprecio por la vida, dio luego en titular “El crimen del zapato”.

Era un día de agosto cuando alguien halló el cuerpo inerte de una mujer y, créase o no, la reconoció su sobrina:

“Es el zapato de mi tía —dijo—, una lástima, era nuevito, ayer lo compró”, repetía la joven que no paraba de hipar, toser y llorar, al parecer no tan conmovida por esa muerte brutal como por la pérdida de los flamantes zapatos.

Esto sucedía delante del Comisario y su gente, claramente, y frente al triste espectáculo de la muerte que desgarraba las pupilas, y más cuando es violenta. Además, el hedor obligaba a la joven a taparse la nariz.

Es que el olor a la carne asada a ella la inquietaba y a otros el apetito les abría, era el mediodía.

Así las cosas, por sospechar de él, el Comisario mandó a traer de los pelos al Cachilo, el sabandija del pueblo, mil veces denunciado por robo de gallinas y otras tantas por exhibiciones obscenas, un alzado a tiempo completo con todas las chicas del liceo, onanista por deporte, gran manipulador del miembro, el artesano del sexo que quedara reiteradamente en libertad por falta de mérito a decir del juez, pues nunca había ido más allá que abusar de una oveja.

Luego de exponer una magnífica excusa para demostrar su inocencia, concluyó el Comisario que no había sido el Cachilo el autor de semejante crimen.

El zapato en cuestión, entonces, caído cerca del cuerpo al que le faltaban las piernas, fue la prueba inicial que permitió llegar a las identificaciones, primero de la víctima y después del asesino.

Unas horas antes del desenlace los vecinos no se habían alarmado cuando comenzó a arder el pastizal, acostumbrados estaban al espectáculo de la quema. El fuego es el modo mejor para deshacerse de la basura, limpiar el suelo de malezas y eliminar las ratas por higiene, el hanta y otros virus. Mas, cuando vieron a los perros arrastrar una pierna de mujer y pelearse por comérsela sobrevino el horror. Se movilizaron hasta la comisaría a la hora que Florencio Gambetta, Comisario de La gallareta, y sus hombres, se preparaban para almorzar un recalentado guiso carrero, sentados a la mesa bajo la parra.

Si es cierto que la fatalidad acelera los procesos se puede decir que ese día el Comisario tuvo suerte, no siempre el zapato de un carbonizado queda intacto tumbado de costado en el lugar del hecho. “Un milagro”, pensaría, si fuera

él creyente. Pero no, fue el azar, es decir, el sino inevitable. Porque gracias a ese zapato se pudo saber que la muerta era Betty Albinoni: cordobesa, cincuenta años, soltera, empleada en el frigorífico inglés de Los Lapachos dedicado a la crianza, faena y salado de carne para exportar a Europa donde la gente todavía moría de hambre en mitad de la Gran Guerra.

Las investigaciones dieron buenos resultados. Como pesquisa el Comisario no se podía quejar. Tantos años gestionando le permitieron rápidamente llegar hasta el sospechoso: un tal Sebastián Naum, de veinte años, alias el Turco, soltero, acollarado y con un hijo. Naum había llegado de la ciudad para instalarse en un rancho cerca del pueblo y, como otros, se empleó en el frigorífico. Tenía fama de trabajador, alguien que nunca importunaba al patrón, era obediente, sumiso y cumplidor. Según se enterara luego la *milicada*, poseía habilidad con el cuchillo que usaba a doble mandoble, del derecho y del revés, para seccionar con rigor de cirujano coyunturas y tendones.

Naum, muchacho nacido allá lejos, en un conventillo de La Boca, había sido compañero de trabajo de la víctima con quien, dijeron los testigos, mantuvo una excelente relación laboral y compartido mate amargo hablando todo el tiempo de cosas de la vida. Se quisieron mucho hasta que de repente, por esas fatalidades que ocurren en el momento menos esperado, todo cambió, porque en un descuido de Betty Albinoni, administrativa encargada de las cuentas, Naum se hizo de unos pesos que tomó de la caja fuerte del frigorífico y *rajó pal monte* (transcribo tal como consta en el expediente).

Ella, diligente, urgente avisó al gerente.

Entretanto, con el dinero hurtado, Naum cruzó el vado y le compró un colorado a un gaucho malhadado de Estación Poncho Quemado, el pueblo vecino a Los Lapachos, jurisdicción también de La Gallareta.

A pesar del desaire y del enojo que juzgó felonía, fue Betty quien convencía reiteradamente al gerente de perdonar al ladronzuelo. Así fue y,

enterado éste de la decisión, devolvió el flete en cuestión y restituyó el dinero pero fue obligado, sin más trámites, a renunciar a su empleo.

Pasado el tiempo, unos pocos meses, no más, otra vez el joven abusó de la confianza de la pobre mujer que en su momento le había brindado. Recordó que estaba pronta a vender su campito en las afueras y, por lo que pudo Florencio Gambetta investigar, el bandido paciente había esperado y su codicia llevado a planear el robo y posterior asesinato.

Betty había salido de trabajar a las seis de ese día cuando ya oscurecía. Camino a su casa, montada en su burrita, próxima a los corrales donde dicen que el diablo perdió el poncho (no me consta), le cerraron el paso Naum y dos desconocidos. Si este hecho hubiese ocurrido en la ciudad habría quedado probablemente registrado en la retina de muchos testigos que facilitarían la labor del policía mas, al suceder en Los Lapachos, entre espinas y quebrachos, cual avezado investigador, el Comisario confesó por lo bajo: “A más del zapato no tenemos un carajo”.

Después de seguir las pistas, interrogar, hacer composiciones de lugar y pasar en limpio, Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, entendió que la infortunada mujer estuvo al menos una hora con vida en manos de sus captores.

Y fue así nomás, entretanto el Turco Naum la retenía en el camino, los otros dos ladronzuelos fueron a la casa de ella a buscar el dinero producto de la venta del campito pero, en su lugar, torpes como eran, brutos y descuidados, irrumpieron en la casa de al lado.

Sus ocupantes, hijos del viejo Mercante, gringos altos como el tala y duros como la piedra los sacaron *a los piques* hasta perderlos de vista y, ante semejante suceso inesperado, el Turco se vio tan disgustado que no tuvo mejor idea que matar a Betty sin poder robarle un peso y por eso, enojado como estaba, hecho todo un desquicio, se acordó de su oficio y vengó su mala suerte cortándole las piernas con el cuchillo y arrojar después el cuerpo a la cuneta donde ardía el pastizal.

Tomándose su tiempo para decidir (como hacen siempre), el juez ordenó dos allanamientos a sugerencia del Comisario, y ambos se hicieron con colaboración de los federales en domicilios de la Boca: uno en la Vuelta de Rocha, el otro en la calle Olavarría, en un sucucho que a puchero de gallina olía.

Y fue así que sorprendieron a Sebastián Naum, su mujer, y un crío prendido a la teta. Él tomaba ginebra en porrón al momento de la detención. El desgraciado tenía sobre el aparador una estampita de su guardador, San Expedito, y a modo de florero un ramillete de lilas adentro del zapato flamante y faltante, el zapato de Betty (en el expediente no se consignó a cuál pie pertenecía), era la prueba del delito que faltaba, y así recuperaron el par y resolvieron el caso.

Les tocó a otros policías pillar después a sus dos cómplices que, según intuía Florencio Gambetta, Comisario de la Gallareta, se escondían en una pensión de Barracas al Sur, muy lejos de Los Lapachos.

El caso del ataúd vacío

Gracias a los lenguaraces esta historia cobró vida...

A no ser por el tufillo a carne podrida jamás nos hubiésemos enterado de que allí había un ataúd a cielo abierto oculto entre los yuyos junto al corral abandonado cerca de la Estación Poncho Quemado.

Hacía varios días que los dos estábamos en el lugar cazando perdices en el potrero de Don Zoilo y alrededores con más o menos suerte cuando, una tarde, de repente, un raro impulso de vaya uno a saber de qué parte de nuestra profunda interioridad venía nos compelió a dirigimos hacia el oeste, raro, digo, porque nunca hay que escopetear al vuelo de cara al oeste cuando el sol se abate de frente, enceguece al cazador y luego suceden las desgracias. Pero, sabiéndolo, igual fuimos. Sorteamos pajonales y espinillos que lastiman tanto piernas como brazos y con en el barro hasta los tobillos anduvimos largo trecho derecho hacia un

sol que ya estaba queriéndose ocultar detrás de la alameda.

A esa hora el horizonte, anaranjado y difuso, vaporoso, se veía tan hermoso que nos detuvimos un minuto a mirar acontecer el nuevo ocaso.

Como dije, no es nada ventajoso estar dispuesto a disparar con semejante luz de frente. Lo hicimos sin pensar, grave error, lo sabemos, de ningún modo hay que andar a los tiros de cara a un resplandor que encandila, y menos dos cazadores avezados como lo fuimos Enrique y yo en tiempos de juventud.

Me acuerdo que no sólo fuimos a cazar liebres y perdices sino a pasar una semana en el campo donde hacía unos días veníamos divirtiéndonos escuchando decir paparruchadas contadas por los parroquianos en las mesas del boliche de la esquina a pura caña, meta vino y ginebra nomás, frente a la plaza central de Estación Poncho Quemado, sobre las andanzas de un fantasma que rondaba los viejos corrales a la salida del pueblo. Pero, a decir verdad, a esos

comentarios nunca les dimos importancia y apenas si nos entretenían para pasar nada más el rato. En los boliches de campo es común recrear historias alejadas de la realidad, llenas de matices y contrastes y, por supuesto, deliciosos personajes.

El tufillo provenía de los fluidos cadavéricos de un cuerpo de mujer adentro de un ataúd oscuro que tenía pintados extraños símbolos en cada lado.

Advertimos que el ataúd era nuevo, de madera recién lustrada, los herrajes de bronce cada uno en su lugar y al que, curiosamente, le faltaba la tapa.

Detalles que nos hicieron especular que el deceso había sucedido uno o dos días atrás.

Instintivamente nos cubrimos la cara con el pañuelo tratando en vano de evitar que el hedor nos royese el cerebro. Enrique vomitó el asado del mediodía y yo sentí un cierto e indeterminado ardor en la boca del estómago que aguanté a pura arcada, tos y lágrimas.

La primera reacción fue querer salir corriendo y dar parte nada menos que a Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, contarle lo sucedido esa tarde de frustrada cacería y el extraño hallazgo pero, inexplicablemente, no pudimos salir corriendo porque una fuerza invisible, no sé, un deseo irrefrenable de querer saber más sobre el asunto (a veces la curiosidad puede más que la prudencia) nos retuvo en el lugar, inmovilizados, escopeta en mano, mirando acontecer.

No había pájaros, comadrejas, liebres, zorros, ni otro bicho cerca. Hasta las cotorreras más cercanas estaban vacías de sus ruidosas cotorras. Una rareza a esa hora en que el campo cobra vida. No podíamos escuchar uno solo de los tantos alborotos que surgen cuando las tardes van muriendo en lugares como aquél: vacas llamando a sus terneros, infaltables relinchos, teros fastidiados y a los gritos en sitios donde sus huevos no están, caranchos y palomas revoloteando. Y ausente también el ladrido constante y pesado de hambrientos perros enojados corriendo a pobres cuises asustados a querer devorarlos.

Todo se presentaba infrecuente en mitad de un fúnebre silencio, llamémoslo de muerte.

Luego, con las escopetas al hombro, una bolsa de perdices a medio llenar y algunos cartuchos intactos en las cananas todavía, oímos voces cercanas haciendo coro que imploraban. Nos agachamos, nos miramos, temblamos, y un largo seco frío nos corrió a los dos por la espalda de la nuca a la cintura.

Cuando vi que Enrique recargaba su escopeta le pregunté en voz baja si estaba loco. “Por las dudas”, me respondió muy suelto de cuerpo como en trinchera en mitad de una batalla, dispuesto a todo, es que el miedo no es sonso.

Reaccionamos, observamos con cuidado y nos dimos cuenta de que nadie había alrededor.

Las divertidas historias extravagantes que habíamos escuchado de boca de los parroquianos, en especial esa que hablaba de una mujer vestida de negro que caminaba de noche por los corrales abandonados a la salida del pueblo, parecían decir presente.

Coincidencia o no, la mujer en el ataúd tenía un vestido negro de encajes en perfecto contraste con las almidonadas puntillas de la blanca mortaja. En su cara de cera, un mechón de pelo negro caía sobre la frente. Tenía la nariz recta, labios finos y pestañas arqueadas. Era el cadáver de una mujer de unos cuarenta años que en vida puede que haya sido muy bella. Por tal, en un tris cambiamos de parecer, nos dimos cuenta de que en el campo no todas son habladurías, puede ocurrir que algunas resulten ser historias reales, aquello que desde un principio creímos un simpático rumor de borrachines terminó ante nuestros ojos como la escena propia de una película de terror que nos mantuvo ocupados sobre el filo del espanto.

“¿Dónde está la tapa?”, era la pregunta que nos hacíamos. Pero hay algo más.

Nos sobresaltó distinguir a unos metros de donde estábamos agazapados llenos de curiosidad unas raras inscripciones pintadas sobre las chapas oxidadas de un viejo bebedero de animales. Yo las imaginé leyendas paganas, eran frases cortas, sentencias garabateadas en latín y otras lenguas

muertas combinadas con figuras como las runas celtas.

Datos confusos en medio de una mezcolanza de símbolos y letras.

Enrique la vio primero: una leyenda en español que se destacaba del resto no sólo porque fue rápidamente descifrable sino también porque se trataba de la única escrita en amarillo fosforescente.

Decía: “La muerte es el comienzo”.

Habituados a los detalles empezamos a observar unos montoncitos pegajosos, restos de velas derretidas alrededor del ataúd, blancas, rojas y algunas negras que daban claras muestras de que varias personas habían pasado allí la noche. No sé si fue por la conmoción del momento o qué otro arrebató demoníaco preexistente, o tal vez perturbados por las habladurías en el boliche (a veces la sugestión domina a la mente), volvimos a escuchar un rumor de voces orando no muy lejos.

Había que tomar una decisión. A decir verdad, ninguno de los dos sabíamos muy bien qué

hacer más que mirarnos y callar por el momento. No estábamos seguros si despegarnos del problema y salir huyendo lo antes posible, no contarle a nadie o, en caso, dar parte al Comisario a cuentas de que sospechara de nosotros con sólidos fundamentos y correr el riesgo de que tanto él como el juez, a su vez, no creyeran una palabra de nuestro relato.

Y con la posibilidad cierta, además, que nos consideraran dos loquitos sueltos que venían de la ciudad a burlarse de la gente.

Era un gran lance para nosotros y todo un desafío detallar lo ocurrido. Temíamos acabar la jornada encerrados una noche en el calabozo, so pretexto de consumir alcohol, fumar chala en exceso y asustar al poblado de Estación Poncho Quemado.

Al fin, dada la confianza que inspiraba el hombre, resolvimos contarle todo a Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, quiero decir, ese gigante bigotudo de cincuenta años y la cara cortada señal de viejas rencillas. Más tarde supimos

de boca de los vecinos que era muy querido y hacía un tiempo que estaba a cargo de una comisaría donde no pasaba nada emocionante, excepto casos especiales, o algo digno de ser contado en crónicas policiales y libros de historia. Tal vez sea porque nunca pasa nada excitante en el campo que se inventaban patrañas, cuentos de terror o relatos inverosímiles. Sabido es que el Comisario era un funcionario bueno con los buenos y malo con los vagos, sobre todo con los pedigüños. A rateritos, ladrones de gallinas y molestos borrachines que hartaban a las muchachas con frases indecentes buenas tundas les daba en la mollera con el afamado noc-noc de sus nudillos-martillos, llenando de chichones a esos pillos, atontados una semana o, de ser necesario, con el talero de cuero por el lomo y que lleven su marca en el orillo *pa'que apriendan*, nomás, a comportarse. Y lo curioso, en verdad, es que los pillos aprendían y rara vez reincidían a no ser por el exceso de alcohol que siempre nubla la razón.

Con los asaltantes de caminos y demás bandidos, los ladrones de ganado y asesinos, los

corridos por la Ley en sangrientos entreveros y aquellos oscuros cuchilleros, claramente el trato era mucho más severo.

Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, escuchó pacientemente nuestro relato que a la postre fue denuncia. Claro que al principio no nos creyó una palabra. Nos miraba con esa cara de pocos amigos que suelen poner los comisarios moviendo a cada tanto el lado izquierdo del labio bajo el bigote haciendo un exagerado gesto que hasta risa nos daba.

Probablemente el hombre creyó (yo lo hubiese creído) que le estábamos tomando el pelo. Para colmo, cerca se había sentado nada menos que el Sargento en un rincón de la oficina a escuchar. No sé por qué los Sargentos de policía tienen excesiva poca paciencia y un sexto sentido raras veces deformado. Por la cara que ponía el morocho fortachón, alto como el coihue, a Enrique y a mí nos dio la impresión que tenía unas ganas enormes de darnos dos sonoros sopapazos a cada uno en las mejillas del derecho y del revés (como solía hacer), luego echamos un baldazo de agua

fría y acabar en el calabozo de una *patadón* en el culo hasta la mañana del día siguiente “por andar macaneando”. Pero nada de eso ocurrió y el Comisario de pronto ordenó que saliera una partida hasta el lugar donde habíamos declarado haber visto el ataúd con la mujer vestida de negro.

Ya había caído la noche.

Al regresar a la comisaría, pálidos de susto, conmovidos por el hallazgo, los agentes confirmaron que habían encontrado el ataúd... pero vacío, con manchas en su interior que, embrollados como estaban, describieron cuales efluvios cadavéricos. La primera hipótesis del Comisario remitía a una muerta y su velorio, sólo eso, que no había por qué preocuparse, nada de qué temer o dudar, pero se desmoronó la solidez de su presunción en el instante mismo que el Sargento hizo notar que no podía haber velorio sin cadáver.

“Tenés razón, che”, le dijo Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta.

Entretanto, como pasa en estos casos policiales de corte inexplicable, sobrevino otra vez

la confusión. Y cuando la gente mucho se confunde poco piensa.

Con gesto adusto, todos en la comisaría nos rascábamos la barbilla. Es que en el pueblo no había velorios desde aquella vez que al infeliz del Martiniano, encurdelado, lo prendió del pantalón un engranaje de la flamante cosechadora inglesa de los Morrison hasta convertirlo en pedacitos de carne que ni para relleno de empanadas servían. El picadillo fue tal que apenas si pudieron rescatar del rastrojo parte de la hebilla del cinto del pobre Martiniano y algunos dientes sueltos que metieron en una cajita de fósforos de cera “Ranchera” para enterrarla luego en el cementerio local debajo de una lapidita de morondanga que decía: “Poquitos restos de Martiniano Paz”... y una fecha.

Además, y suponiendo que el ritual realmente hubiese referido a un velorio, difícil era entender para los actantes el cómo y el para qué había llegado un cortejo fúnebre a un sitio tan inaccesible. Resultaba improbable que un séquito de deudos cargando un ataúd se arrimara a un corral abandonado rodeado de alambres de púas.

Para peor, uno de los bordes lindaba con un monte tan espeso, intransitable y achaparrado, que no andaba allí más que el jabalí, el guazuncho y la mulita, sin ningún cristiano cerca.

Con el correr de las horas algunas primeras voces empezaron a dar por cierto que se trataba del popular fantasma de la mujer vestida de negro del que se venía hablando en Estación Poncho Quemado y territorios aledaños. Otras opiniones más sensatas, si se quiere lógicas, atribuían el hallazgo al rito pagano de una nueva secta satánica no conocida hasta el momento en el pago. Sin embargo, la mayoría de los vecinos, sea por temor o respeto, no querían aceptar el accionar de personas vivitas y coleando involucradas en semejante episodio que, más tarde, se conocería policialmente como: “El caso del ataúd vacío”.

La incertidumbre crecía y lo que más tentaba el ánimo de Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, siempre impulsado a investigar hasta el último detalle, el gran averiguador de todo cuanto ocurriera, sabueso como pocos, era aquel coro de voces rezando. Hacia allí debía dirigir la

pesquisa, es decir, encontrar a los causantes de un hecho tan relevante.

Al día siguiente del hallazgo, los miembros de la familia Carnevali se animaron a contar algo que hacía tiempo venían callando. Dijeron que el viernes trece de enero, bien entrada la noche, regresando de la bailanta hasta su casa en las afueras, escucharon rezos y una luz que avanzaba lentamente del fondo de los corrales directo hacia el sulky donde estaban para desaparecer luego por un lugar sin salida.

Otros vecinos, a su vez, confesaron haber visto la misma luz en disímiles ocasiones, y que se habían acostumbrado tanto a ella como acostumbrados estaban a la célebre “luz mala”.

Lejos de la posibilidad de que se tratara del farol de un arriero noctámbulo, de un cazador de pumas con su antorcha o de un malandrín esperando la ocasión para saltar encima de su víctima, tanto el Comisario como el juez, y también el cura párroco, certificaron en ronda de investigación que alegres jóvenes entusiastas

llegados de todas partes a Estación Poncho Quemado solían pasar la noche en los corrales buscando privacidad junto a sus parejas.

No faltaron los noviecitos que, en noches de pasión, afirmaron haber sentido una rara presencia en el lugar que nunca supieron describir. Uno de ellos, quizás el más popular: Carloncho, joven pintón, hijo de don Roque el panadero y doña Clorinda la artesana, hermano mayor de Clarita a quien mi amigo Enrique ya le había echado el ojo el primer día que llegamos, entre mate y ginebra trasnochada con su novia de ocasión, la que después de hacer el amor se dormía mansa en sus brazos, confesó haber visto una sombra caminando por los corrales, que al prender la candela para iluminar el camino y no meter la pata en una vizcachera de las que nunca faltan, comprobó que era nomás “la mujer vestida de negro”.

Que “el fantasma” —así lo llamó Carloncho— pasó caminando cerca de donde él y su novia seguían echados en una cama de pajas secas y se fue por un lugar sin salida a perderse en la espesura.

Es verdad que Enrique y yo, en nuestras muchas correrías cazando perdices en los campos, liebres y martinetas, patos y gallinetas, nunca vimos a una mujer deambular como fantasma pero aquella vez sí, yaciente adentro de un ataúd oculto entre los yuyos... y nadie lo debe dudar.

Ahora, lejano el momento en que ocurrieron los hechos y viviendo nuestras vidas en la ciudad, supimos que en los pagos no se volvió a hablar del tema... hasta el pasado domingo que tuvo lugar un nuevo encuentro.

Alguien nos dijo también que no fue en el corral abandonado, que la vieron caminando esta vez por la ruta veintitrés de Estación Poncho Quemado entre El Bolo y Árbol Solo, jurisdicción de Santiago, con su vestido de encaje negro.

Fue así que Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, enterado del suceso y harto ya de habladurías, ni lerdo ni perezoso puso pies en polvorosa y partió a investigar.

La duda lo carcomía.

Quiso esta vez ir solo a buscar a esa mujer, no esperó que nadie se alistara y se sumase a la partida. Abultó su Colt en la faja a la altura del tahalí, enfundó su Winchester a un costado del oscuro, montó y cabalgó rumbo norte previo a la puesta del sol.

Tuvieron que pasar cuatro días hasta que Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, con un arañazo en la jeta al lado del mentón del que no quiso hacer mención, regresó al pago.

Estaba un mediodía sentado en el silloncito de paja de su despacho con cara de susto todavía, un poco pálido también, con un leve temblor en su barbilla, la mirada perdida y algo revuelto el cabello, los puños apretados sobre un escritorio vacío de expedientes y expuesto a la ojeada indagatoria del Sargento y a la otra mirada un tanto huidiza del Cabo Murabito, hombre sonso si los hay, pero buenazo y leal en la función.

Enseguida aceptó con agrado el primer mate cebado, extendió la mano sin quitar su mirada

clavada como manía en la pared de la comisaría y entonces habló.

Dijo en voz baja, casi inaudible, inexpresivo, repitiendo una y otra vez: “Los fantasmas existen... los fantasmas existen y pueden hacer daño”.

Sorbió un trago y volvió en sí, fue entonces que recompuso poco a poco su semblante. El mate tiene por arte reconfortar el alma y hacer pasar el momento en cuarteles y comisarías, entre soldados y policías, entonando a la *milicada* para seguir adelante en las variadas patriadas.

De pronto, sin que nadie lo esperara, Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, volvió a la normalidad e hizo tronar su voz en el aire: “¡¿Qué novedades hay?!”, fue su pregunta inmediata, así, de ese modo, secamente, como el uso lo indica, e hizo que sus hombres se alegraran de momento, recuperaran el aliento luego de haberlo visto esperpento y en estado apocalíptico.

No se habló más del tema.

El escapulario

Dicen que los hechos sucedieron como aquí se describen...

No fue sino hasta después del entierro de Don Cosme que comenzaron a suceder los hechos. Por entonces vivíamos en el campo, allá lejos, mi padre, cuatro hermanos y yo. Ellos se encargaban de las duras faenas diarias y yo, por ser la única mujer que quedaba en la familia, tuve el primoroso privilegio de estudiar.

Así se daban las cosas en el “Paraje Timbó”, un caserío de no más de cincuenta habitantes que apenas si daba señales de vida, situado a unas diez leguas al norte de Estación Poncho Quemado, jurisdicción de La Gallareta, allí los varones proveían y las mujeres íbamos de mañana a la única escuela rural.

La muerte de Don Cosme había conmovido a todos en el pueblo, era hombre de brazos fuertes y trabajador. Un poco huraño, es cierto, sobrio en el trato, criollo de raza pura y tan bueno como el pan de cada día. Enviudó joven y no se le conoció otra

compañera después de que doña Flavia muriera. Y así debió haber sido nomás pues en el caserío, tarde o temprano, todo se sabía.

Quien no era bien aceptada entre la gente era su única hija: Adolfina, que las comadres de lenguas filosas llamaban despectivamente “La Demonia”.

Las ignorantes de turno (esos que nunca faltan) no le perdonaban a Adolfina que su madre muriese en el parto. Se decía que Adolfina poseía iguales poderes sobrenaturales que las viejas brujas medioevales y algunas confidentes no menos imprudentes daban por cierto que se trataba, nada menos, que de la mismísima “Mulánima”, traicionera mujer convertida en mula por infiel que salía de noche a asustar a los incautos y reclamar la posesión de sus almas, mas nunca pudieron comprobar su veracidad y el rumor fue cayendo en el olvido.

Adolfina y yo teníamos la misma edad, y es verdad que ella estaba mucho más desarrollada de pechos, nalgas y cadera, gran centro de atención

para los varones, lo que avivaba en mí una sana envidia. Nos habíamos cruzado una vez en el almacén de ramos generales, sólo una vez (ella habitualmente no salía de su casa). Recuerdo que nos miramos, yo con ánimo de brindarle un amable saludo de cortesía y ella, por el contrario, clavó sus ojos en los míos de una manera tan punzante que me hizo por poco estremecer y sentirla amenazante.

No puedo todavía soltar de mi memoria aquellos ojos *endemoniados*.

La tarde del entierro de Don Cosme nos vimos por segunda vez. Ella vestía de blanco con volados y la acompañaba un perro del que nadie estaba al tanto: un mastín de largas patas y pelaje tirando a rojizo, con agudos dientes grandes que le daban el típico aspecto de lobo estepario, cuidándole la espalda.

Toda la enlutada ceremonia se llevó a cabo bajo el manto gris de una incesante y molesta llovizna sobre el camposanto. Al finalizar los oficios, el padrecito alzó su mano y haciendo la milenaria

señal trazó la cruz de Jesús en el aire y nos bendijo a todos.

Luego de echar las últimas paladas de tierra sobre el cajón, acabada ya la función del entierro cristiano, rezamos por el alma del difunto y regresamos cada cual a su casa.

Esa misma noche comenzaron a ocurrir los hechos en el “Paraje Timbó”.

A la mañana del día después, el primero en quejarse mientras bebía su grapa en el boliche fue Don Prudencio, el criador de conejos (hay que explicar que tanto el boliche, el Club de Bochas y la Plaza de los Nogales eran los lugares donde los parroquianos iban a dilapidar monedas y desbaratar sus penas bebiendo licor, revelar ilusiones y macanear un rato).

Dijo, entonces, Don Prudencio, que durante la noche un puma había bajado al llano y descuartizado seis de sus conejos, entre ellos un gran campeón macho y reproductor difícil de reponer en el corto tiempo dado su elevado costo para cualquier bolsillo que lo quisiese comprar.

A nadie se lo vio conmovido luego de escuchar el relato de Don Prudencio (un reconocido mentiroso del lugar) hasta que Luis Chamorro, un ganadero para nada macanero, dueño de mil cabezas y más también, que pastaban y se reproducían en todo el largo y ancho de la comarca, que estaba sentado a una mesa bebiendo su enésima copa de vino tinto y en silencio, hombre de mucha plata y pocas palabras, alzó la voz y habló: “¡Anoche el puma mató seis de mis becerras!”.

Con el pasar de los días se multiplicaba la carnicería, la matanza de animales de granja y corral, curiosamente de a seis. Siempre de a seis. El triple seis, sabemos, es el número consagrado al Demonio y siendo así, dado esto por cierto, la gente comenzó a asustarse y a sospechar de alguna “presencia” rondando la noche.

Por eso, con la complicidad del padrecito, para no avivar el pánico y preservar la calma, fue el mismísimo Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, quien no se cansaba de andar diciendo en todo lugar que recorría que el número seis atribuido al mal no era más que una pura mentira,

una casualidad, que ninguna cosa que pueda llamarse rara estaba pasando, ni sobrenatural, ni nada que él no pudiese controlar, y que se dejaran de joder con las habladurías porque asustaban a la gente, que sólo se trataba de un puma cebado como tantos otros que bajan de noche a matar y comer en el “Paraje Timbó” y en toda la franja del llano a la espesura.

Así las cosas, una noche estrellada y calurosa de enero nos tocó sufrir el puma a nosotros.

Mis hermanos y yo dormíamos. Mi padre no. Él pasaba el rato sentado en la galería bajo techo, al resguardo del rocío, fumando tabaco picante en su pipa de palo santo heredada del abuelo carbonero, atrapado en la maraña de una telaraña que tejía cada día en su memoria, allí donde mamá vivía desde que “La Parca” nos la quitó.

Un rato antes del primer canto del gallo, cerca de la medianoche, el ruido nos despertó. Fue un alarido intenso y un revuelo en el corral, un inusual alboroto.

“¡El puma!”, dijeron mis hermanos, ya al pie de sus camas.

“¡Papá!... ¿dónde está papá?”, dije yo.

En calzones mis hermanos, escopetas en mano, echaron chispas hasta el lugar para hallar nada más que los mutilados cuerpos de seis hermosas ponedoras alimentadas a maíz, seis de sus pollos blancos y seis pavos engordados listos para faenar. No había rastros de puma ni huellas que hicieran suponer la acción de un predador.

No obstante, durante el almuerzo del día después, imitando a aquellos que pergeñan estrategias militares libres de fisuras antes de entrar al campo de batalla, mi padre y mis cuatro hermanos articulaban ciertas picardías, astucias y argucias para atrapar a la fiera.

Los vecinos estaban dispuestos (era costumbre en el campo que la solidaridad ganara todas las peleas) a mirar al vecino de frente y ayudarse mutuamente en procura del bien común.

Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, hombre probo, usted sabe, criollazo él, descendiente de inmigrante italiano y de una antigua familia de caudillos por parte materna, alistó a su tropa con máuseres y se sumó a la patriada de querer terminar con las matanzas que a esa altura de la carnicería ya eran muchas, y sobrados los argumentos para proceder en el momento.

“¿Cómo es que no advierten que el matador no devora a las presas, que las deja destrozadas por allí tiradas?”, era la pregunta que me hacía. “¿Por qué nadie insinúa la posibilidad que no sea un puma cebado sino un cristiano medio chiflado?”

Se llenaron de trampas los alrededores. Redes de yute trenzadas, lazos de alambre, trampas para zorros, pozos ocultos con ramas y hojarasca, cebo fresco en jaulones y otros artilugios variados que fueron prontamente ubicados en las periferias del pago.

Hasta el nuevo vecino venido de la ciudad, un ricachón de nombre Fermín que más loco que una cabra había quedado después de un fiero golpe

en la cabeza que sufriera en el vivac durante el servicio militar cuando un caballo desbocado y al galope lo llevó por delante arrojándolo contra una roca que le causó fisura craneal, no tuvo mejor idea que hacer electrificar la alambrada circundante de su finca con una extensión de cables del grupo electrógeno que trajera en su último viaje a París, equipo de gas hidrógeno, arco voltaico y electrodos de carbón, una novedad de última tecnología, incumpliendo la prohibición del Comisario de hacer semejante cosa, que mucho se enojó cuando se enteró al punto de querer llevarlo *de prepo* al loquero provincial donde repartían penas los desafortunados en penoso estado calamitoso.

Pasaron las noches y los preparativos resultaron inútiles. No hubo puma cebado ni peligroso animal que cayera en una de las trampas a no ser dos comadreas, un zorrino apestoso y el tonto perro mascota de los Arrieta que no paraba de ladrar.

Mientras tanto yo, expectante, mantenía como podía la calma y la manía de querer dilucidar el asunto. No quise mezclarme en cuestiones de

varones hasta la noche aquella en que mataron a mi yegüita y a otros cinco caballos de la familia, ¡seis hermosos animales en una sola noche!, incluido el malacara de mi padre.

Era una linda tordilla mi yegüita, de porte pequeño, que yo montaba para ir a la escuela o tirar del sulky los domingos en paseos con amigas.

Esa noche no escuchamos ruidos o alborotos en el momento del ataque.

Raro es despedazar seis caballos sin que se escuche al menos un bufo, un relincho, o el nervioso y sordo repetido piqueteo de los cascos en el pedregal sabiendo que los caballos atentos están a toda hora afrontando imponderables.

Por un momento se me ocurrió pensar que el atacante sorprendió a la caballada dormida en alborada.

Mi yegüita, pobrecita, quedó tendida debajo de un lapacho encharcada en su pura sangre equina con el cuello desgarrado, y otros cuerpos

mutilados de cinco caballos caídos en el potrero donde solían pastar.

Intuición femenina (o como quiera llamarse), yo percibía que el autor de esas muertes no era un puma cebado, zorro hambriento o ser humano. Algo dentro de mí decía quién era el verdadero asesino y sin perder tiempo puse mis cinco sentidos en alerta.

De la noche a la mañana fui eficaz centinela, preparándome para dar batalla, llegado el momento.

Estaba triste y furiosa a la vez.

La muerte de mi yegüita me había conmovido hasta las lágrimas y en medio de tal confusa y encontrada doble sensación jamás sentida, comprendí el significado cabal de las palabras odio y venganza. Por eso, durante las noches de vigilia, me valuaba una muchacha tensa e irascible sentada en la mecedora frente a la ventana del cuarto con la escopeta del doce apoyada en la falda.

Y sucedió. Una noche sucedió. Las vi llegar por el camino viejo de las chacras. Merodeaban en la huerta en línea recta, claramente dispuestas a matar a quien se cruzara en el camino. Ella llevaba puesto su vestido blanco con volados y la bestia de pelo rojo, patas largas, lengua afuera, dientes grandes, orejas paradas y cabeza erguida, lentamente la seguía unos pasos atrás.

Sin hacer ruido me puse en movimiento.

Después de dar un rodeo por los fondos de la casa entré al cobertizo y me oculté entre los fardos apilados. Allí esperé acontecer. Quería tener a la bestia a tiro de escopeta. Yo sabía muy bien que debía darle un solo disparo y certero, letal, una muchacha como yo no estaría en condiciones de resistir el ataque de tremenda bestia herida.

Convencida de que no debía permitirme dejarla con vida, estaba nomás decidida a matar. De pequeña mi padre me había adiestrado en el uso de las armas de fuego: “llegará el momento en que te serán útiles”, solía repetir.

Así son las cosas en el campo, inconcebibles para gente de ciudad.

Y allí estaba yo, valiente y sola, al amparo de la oscuridad del cobertizo, acurrucada entre los fardos y esperando. Había llegado el momento de actuar y vengar la muerte de mi yegüita.

Más que nerviosa me puso tal situación, frenética es la palabra, nunca había disparado a un ser vivo.

Los minutos transcurrían y el silencio llenaba el ambiente de sordos ecos, cualquier mínimo sonido se amplificaba en aquella inmensa quietud. Nada pasaba desapercibido a mis atentos oídos: el crujir de las secas maderas del techo, los sapos cantando en la laguna, ligeras patitas de ratas corriendo por tirantes, el canto coral de los grillos y la tenue voz de un murciélago empecinado en querer volar una y mil veces al ras sobre mi cabeza. Me conmoví al escuchar también los latidos del corazón queriendo saltar de mi pecho a esa altura de los hechos. Yo era una estatua con ojos, una

fantasmita en camisón apenas iluminada por un fugaz pincelazo de luz que tragaba el tragaluz.

Por suerte llevaba el pelo recogido, que no iría a estorbarme en el momento de apuntar. Calzaba mis pantuflas celestes y en el cuello, como de costumbre, colgado mi escapulario protector con la foto de mamá y el ángel de la guarda en el reverso.

Noté que tenía empapado de sudor el camisón.

El momento crucial se acercaba... llevé el dedo índice al gatillo.

Cuando la luna se ocultó, la cerrazón extendió sus brazos apretándome fuertemente. Así lo sentí y por fin caí en la cuenta de que estaba desvalida a merced de la bestia, a punto de arrepentirme de mi impulso adolescente por querer hacer las cosas a mi manera pero, sin embargo, me contuve y seguí adelante con mi plan.

Claramente me daba cuenta de que mis actos eran nada más producto de la repentina y

tonta intrepidez de una muchacha inmadura. Es que el coraje y valentía que alimentan la bravura no estaban concebidos para que los ejercitase alguien como yo. Pero, al ser ya muy tarde para deshacerme de lo hecho y volver al punto cero, inspiré hondo y renové el coraje.

Tuve tiempo para discernir, mas no pude definir quién de las dos sería más peligrosa: si la bestia o “La Demonia”. Por tal... ¿a quién debía dispararle primero? Apreté fuerte la empuñadura, nunca quité la yema del dedo apoyada en el gatillo y, sin distraerme un segundo, quedé pensando en cómo resolver el dilema de tener que matar a una muchacha, de ser necesario.

De repente, por detrás, a la altura de mi cabeza, sentí su respiración. Era el aliento fuerte, acre y vaporoso de la bestia que soplaba mis cabellos llenándome de escarcha las venas.

Giré despacio la cabeza hacia la izquierda y al mirar quedé sorprendida. Allí estaban las tres a no más de seis pasos: “La Demonia” parada junto al cuerpo de una joven mujer tendido sobre la paja.

“La Bestia” echada a un costado y jadeante, con los dientes y el hocico teñidos de rubí.

Al parecer, no me habían visto.

¡Increíble!

Dicen que el deseo de matar turba la mente y nubla la visión. Es que la proximidad de la muerte alucina, seduce y oscurece los sentidos. Quizás eso las privó de verme, quizás no, ciertamente no lo sé... ¿cómo fue que no vieron que yo estaba allí agachada y al acecho, tan cerca de ellas, con la escopeta del doce apuntándoles, lista para disparar?

Permanecí inmóvil no por así desearlo, estaba impedida de mover un músculo. El miedo paraliza en algunos casos y éste era mi caso. No hacía otra cosa más que respirar y temblar como la hoja en otoño prendida al cabito a punto de caer.

Debía actuar rápidamente, decidí sacar fuerzas de muy adentro y renovar el brío.

Fue así que inspiré hondo y lento, como me enseñara mi padre en el momento de apuntar,

mantuve el aliento y comencé a levantar mansamente la boca del cañón de mi escopeta que ya pesaba demasiado. Apoyé con firmeza la culata en el hombro, cerré un ojo y abrí bien el otro, apunté directo al entrecejo de la bestia. No podía errar a tan corta distancia.

De repente, una gota de sudor rodó directo a mi ojo abierto. Comenzó a acelerarse más y más mi pulso en el momento exacto en que vi sus miradas asesinas iluminadas por el flechazo de plata que insistía con su manía de colarse por el tragaluz.

Para mi suerte había asomado la luna.

La luna en el campo suele ser remolona y a veces caprichosa, rápidamente sale y se esconde cual lagartija en apuros, siempre detrás de una nube que pasa. En ese momento su luz me permitía apuntar con precisión. Entonces vi que sus ojos no eran ojos, eran dos puntos de fuego, dos vértices agudos escapando de sus órbitas esperando ver la nada.

En lenta tracción seguía mi dedo apoyado en el gatillo, listo para jalar hasta el final y acabar con la pesadilla.

Pero no sucedió.

Súbitamente, después de una seña que “La Demonia” hizo con la cabeza, para mi sorpresa, salieron corriendo y quedé sola en el cobertizo con el cuerpo de esa misteriosa mujer sobre las pajas.

En suspenso y agotada me vi en mitad de un escenario de pavor a unos seis pasos del extraño cuerpo. Lentamente bajé el cañón de la escopeta, lentamente aparté el dedo del gatillo y lentamente pude más o menos relajarme.

Sería difícil para cualquier mortal que se conciba normal entender mi reacción impropia esa noche.

Se podría decir también que tuve suerte, pero la suerte no califica en situaciones como la que yo estaba viviendo esa noche sola en el cobertizo, la suerte remite a lo inesperado, a lo casual, a lo azaroso... y no era el caso.

Recuerdo haber estado realmente confundida y debieron transcurrir varios minutos antes de que pudiese ponerme de pie, tambaleante, entre los fardos. Y al hacerlo, dejé caer la escopeta de unas manos que ya no tenían fuerza para sostenerla.

Todo el cuerpo dolía.

Por un momento me alegré de estar viva, pero fue sólo un momento. Dejé los brazos caídos deseando en vano relajar y, nerviosa, apreté fuerte los puños hasta lastimarme las palmas con las uñas. Opté por cerrar un instante los ojos con la esperanza de que al abrirlos volvería a estar en mi cama cobrando vida después de un mal sueño.

Pero no sucedió.

Como pude caminé unos pasos, hiqué las rodillas sobre el tablado a los pies del cuerpo yaciente sobre la paja en el exacto momento en que la luna proyectaba su mejor reflejo por el tragaluz.

¡Ay, su rostro!

Un aúllo lejano y helado sacudió mi cuerpo y mis sienes, sentí el estremecimiento más atroz. Algo tan espeluznante como si una fría serpiente escamosa, y por tal venenosa, reptara minuciosa sobre cada pulgada de mi piel.

No podía dejar de mirarlo. El cuerpo yacente era el de una muchacha adolescente, vestida con camisón y calzaba pantuflas celestes. Tenía el pelo recogido en rodete y de su cuello pendía un escapulario con la foto de una mujer que reconocí de inmediato.

Pensé en el horror de mi padre y hermanos, los cinco miembros que restaban de la familia.

Ninguna persona en el pago creyó este relato, excepto Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, que lo aceptó como cierto y no se sabe bien por qué...

El Vengador

El bandolerismo social fue encarado por la literatura argentina en el “Martín Fierro” y en las biografías noveladas de Juan Moreira y Hormiga Negra, obras en las que se atribuyen a delincuentes y perseguidos poderes sobrenaturales, curaciones y apariciones mágicas.

Esta es una historia muy antigua que ahora voy a contar: un primero de diciembre en Estación Poncho Quemado, cerca de Pueblo Montiel, a la vera de la carretera, en el corazón del impenetrable y a pocas leguas de los obrajes, fueron abatidos tres peligrosos delincuentes: Milagros Vega, Cándido Bueno y el Chiflón Gallardo.

“Una estocada policial directa al corazón del pillaje”, escribieron los cronistas en sus folletines días después del hecho.

Fue en un fiero entrevero de policías y ladrones, cara a cara, luego de una traición y fatal emboscada.

Algo verdaderamente inexplicable en su manera de ser y su misteriosa conducta

diferenciaba al bandido Milagros Vega del resto de los mortales: *su condición sobrehumana*, que infinidad de testigos juraban haber comprobado.

Cuentan que en sus andanzas delictivas solía tener el apoyo de la gente más humilde, y que sus víctimas eran personas envidiadas y hasta odiadas por pobres, mestizos y esclavos, dado su elevada condición sociocultural y situación económica. Vega compensaba la adhesión de la población repartiendo puñados de patacones que, con astucia, maña y precaución, robaba a cuatro manos. Tenía por costumbre llevar el dinero siempre consigo, en morrales, en bolsillos, siempre dispuesto a repartirlos a las personas por él elegidas como una suerte de retribución de favores y distribución de riquezas, es decir, Milagros Vega era considerado entonces, por la Ley y por la prensa, un Robin Hood en alpargatas que operaba en el corazón del Impenetrable, al norte de Santa Fe.

Su captura o muerte se habían convertido en una verdadera obsesión para Prudencio Varona, Comisario de la zona, camarada y amigo de

Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, y para toda la sociedad civil harta y enojada y, por supuesto, para el Juez que en la parada había puesto buen precio a su cabeza con la esperanza de atraparlo y acabar de una vez con el hurto de ganado y secuestros de ganaderos, robos a mano armada a cuanto cristiano rico se le cruzara, asaltos a diligencias, caravanas y a las castas acomodadas de migrantes asentados en grandes casas flamantes en mitad de una pobreza general de alcance inusual.

Milagros Vega conocía todos los secretos de su *bien amada* profesión. Aparecía tan sorpresivamente como se evaporaba y, además, había adquirido una innegable potestad sobre las mentes de ciertos milicos reclutados al azar (como era habitual en la fuerza policial), sólo por saber montar, manejar con arte el cuchillo y tener el coraje de enfrentarlo sin dudar al criminal peligroso.

El objetivo del gobierno estaba claro: acabar con el apoyo que el bandido recibía de la gente, señalando el riesgo latente y la posibilidad innegable que con el correr del tiempo surgieran

nuevos grupos armados y alentados por el propio Milagros Vega.

En aquellos años de una Patria en construcción, los aires de leyendas, cuentos o mitos que rodeaban a los salteadores y bandoleros de todas las regiones, los hacía plausibles del apego y sobretodo devoción de los campesinos que recibían a cambio sus favores. La gente humilde del campo profundo amparaba las vidas errantes de prófugos de la justicia y los ayudaba cuanto podían para obtener los suministros necesarios. Nunca faltaba la oportunidad, y así lo hacía la gente, de ocultar a los pillos en remotos lugares llamados *aguantaderos* (tal el nombre dado por la milicada en su jerga cotidiana) y facilitarles luego los medios para escabullirse.

Un ricachón secuestrado a principios de ese año y liberado después de pagar el rescate, declaró en sede policial que le había sorprendido la corrección en el trato que recibiera del bandolero Vega, que luego de liberarlo en un llano lejano dejó de pronto a su lado una odre de agua dulce y un trozo de charqui salado, que se fue después

diciéndole que no delinquía para él sino que lo hacía por los pobres, “esos que nada tienen ni tendrán”, dijo, reprochándole en la cara al ricachón liberado, que ya era demasiado tarde para cambiar su modo de vida, y que tampoco él quería.

“¡Vivo o Muerto!”, anunciaban los carteles fijados para lectura de los alfabetos a lo largo y ancho de la comarca y más allá también, que solían rápidamente desaparecer o amanecer *encastrados* con leyendas escritas en carbonilla: “Milagros Vega no se entrega”. “Milagros Vega es mi patrón”. “La vida por Milagros Vega”. “Todos somos Milagros Vega”.

Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, compartiendo la enésima pava de mate amargo cebado con alta espuma, escuchaba atentamente de boca de su camarada y amigo Prudencio Varona, Comisario de la zona, que la primera noticia sobre Vega se remontaba a muchos años atrás, siendo éste muy joven y por una causa menor: hurto simple, se había llevado las partes de un arado nuevo que vendiera después como *fierro viejo* al Chatarrero Malandrín. Vega se había

defendido argumentando que el dueño del arado le debía dinero al *pobretón de su hermano* y fue así que quizo cobrarse de esa manera.

Tan sumamente vacío fue su testimonio que, tras declarar, se lo puso preso igual un tiempo en calabozo.

En mayo del mismo año quedó en libertad y se radicó en la localidad de Colonia Elvirita, un tradicional asentamiento de migrantes franceses en un número no superior a ciento cincuenta. Allí obtuvo permiso para trabajar en el pequeño lote sembrado de algodón que pertenecía a una familia de gente decente pero, dado sus antecedentes, estuvo siempre bajo la estricta mirada del mandamás: Monsieur Dornnac, desaparecido luego en oscura circunstancia jamás revelada.

Casoriado, tuvo allí cuatro hijas.

Entonces, en familia, con trabajo digno y estable, siendo colaborador incansable del único establecimiento escolar y fiel contribuyente de la parroquia del padrecito Zenón, no daba la impresión que Milagros Vega sería pronto el candidato a tener

un destino tan relevante en el submundo de la transgresión y la delincuencia.

Entretanto, los comisarios Varona y Gambetta, sentados en sillas de paja, charlando a la sombra de una parra de uva chinche en los fondos de la comisaría bajo el sol de una tarde que se iba despacito, pusieron a calentar otra vez agua en la pava.

A uno le gustaba la idea de relatar las malas acciones de Vega y otros bandidos. Y el otro, encantado de escuchar.

Milagros Vega era un paisano alto y delgado nacido en una tapera de las afueras (se daba por cierto que fue cerca de Yapeyú), migrado a este lado del río en busca de un trabajo que, por entonces, no había otro que changuear o caer en los obrajes bajo el yugo del patrón inglés, sea tendiendo vías o hachando de sol a luna los quebrachos por un plato de comida. Con el tiempo se hizo baqueano del monte y supo vivir de la caza, pesca y recolección, costumbre ancestral de los paisanos.

Nada fue fácil en la vida de Milagros Vega.

Los vecinos aseguraban que la policía había comenzado a acosarlo, tal vez por su *extranjería*, acusándolo de casi todas las trasgresiones cometidas en la zona. Una rara forma de proceder que tenía la *milicada* cuando, desesperada, no contaba con pruebas suficientes, acusando a pobres y sufrientes para dar por finalizados los casos y acabar con las pesquisas.

Fue así que Milagros Vega empezó a sentirle el gustito al peligroso juego del policía y el ladrón y, no obstante tener en su casa, allá, en Elvirita, una mujer y cuatro hijas, comenzó a descarriar y fueron más frecuentes sus andanzas y su presencia en los bailes sabatinos de pueblos cercanos colmados de chinas casamenteras y, además, un repetido visitante de casas de citas, esas oscuras explotaciones que ciertos nobles ricachones devotos de la virgen y los santos, Jesusito incluido, practicaban de arrebató. En esos lugares se mostraba provocador pavoneándose con su poncho azul rayado con amarillo, el sombrero, el potrillo, y un picante armado de repente que llevaba

apretado con los dientes y echando humo por la nariz.

Años después, Milagros Vega fue inculcado de andar cazando sin permiso en campo vecino y también de un hurto menor y, al ser detenido en su casa, dicen que la policía maltrató de algún modo a su mujer y a dos de sus hijas por ofrecer resistencia. Innecesariamente (dijeron los testigos), durante el interrogatorio sufrió una paliza pero, en un descuido del vigilante, el bandido logra fugarse y se interna en el monte para no dejarse prender nunca más.

Esa fue la última vez que se lo vio rondando por el pago y allí comenzó otra historia, sumándole más confusión a su memoria, más desconcierto, decidido al fin a tomar definitivamente el camino del delito.

Ese mismo año se lo identificó en el momento que estaba robando un almacén de ramos generales en Árbol Solo (un paraje cercano casi deshabitado a no ser por los perros y los cuises), que era también pulpería, y como el

propietario era un hombre de armas tomar no demoró en mostrar los dientes y ferozmente al delincuente. Entonces, Milagros Vega, enfurecido por la resistencia del viejo pulpero, no tuvo mejor idea que matarlo de un chuzazo en el vientre. Y a un inoportuno vecino (luego testigo) que apareció en el camino montando un oscuro a querer intervenir, lo bajó de un talerazo en la jeta dejándolo por ahí tirado para robarle luego el caballo y usarlo de parejero en sus andanzas.

Fue cometiendo después otras acciones de igual o peor calaña, sumando fechorías, y hasta enfrentó a cuchillo a la propia policía.

En la Navidad del año siguiente el camino lo llevó a una posta de correo con bar (comunes en esa época), estaba acompañado por un desconocido muchacho que a la postre resultó ser más malo que una araña, esas que matan pollitos. Reducen entonces al encargado y lo maniatan y a los parroquianos, después de pelarles el monedero, lo obligan a tirarse al piso boca abajo mientras ellos se quedan un rato a reír y a beber.

Picados por la buena ginebra y para que todo el mundo escuche, se asoman por la ventana del bar y, desafiando al destino, empiezan a gritar: “¡Vengan milicos *jué* puta, los estamos esperando!”.

Fue así que dos jóvenes agentes, noveles rondines que hacían su trabajo cuidando la hacienda en los corrales desde la noche anterior, sin agua y sin comida, escuchan los gritos y logran sorprenderlos entrando sigilosamente por la única puerta de atrás de la posta de correo y bar pero, aun borrachos como estaban Vega y su amigo, igual logran *bajar* a los torpes agentes.

En el caserío, enterados del suceso, creyeron que los muertos eran Milagros Vega y el anónimo muchacho acompañante, una noticia impactante, pero en cambio no, resultó que los muertos eran los dos pobres noveles agentes de policía.

Uno achurado a facón y el otro a cuchillo.

Se llevan las armas: dos carabina Remington de caballería y dos revólveres Colt, los caballos y huyen. La investigación policial constató

luego que el acompañante de Vega era un tal Prudencio Milito, rebelde proscrito, un infeliz llegado del norte de Entre Ríos, aparcerero de a ratos, corrido también por la justicia.

A Florencio Gambetta, Comisario de la Gallareta, a esta altura de la narración minuciosa de su camarada Prudencio Varona, Comisario de la zona, se le habían puesto las mejillas coloradas de rabia y sus sienes comenzaron a latir. Es que un hombre de ley como él no podía tolerar escuchar semejantes infamias, producto del mal accionar de esos delincuentes y pensó: “Si los pudiera agarrar, si los tuviese en mis manos un rato seguro que no robarían ni matarían nunca más”.

Luego de este episodio, grave por cierto, unos días después Vega, sabiendo que eran buscados, deja tirado en una zanja y borracho al casual compañero y escapa. Algunos aseveraron que fue a esconderse en Formosa, otros, en cambio, daban por cierto que cruzó el Pilcomayo y entró al Paraguay pero Milagros Vega estaba más cerca de lo pensado, a no más de veinte leguas escondido entre las breñas, durmiendo bajo las

estrellas esperando acontecer, que se aquietaran nomás las aguas. No se supo ni pudo comprobar que el infeliz se haya preocupado un día por la suerte de su familia.

A los pocos meses Vega reapareció en otro hecho policial como si fuera un miembro más de la banda del temido Chiflón Gallardo.

La carretera a Los Andes era entonces una recta que con el paso de los años y la llegada del progreso serían años después las vías del F.C. Belgrano, de trocha angosta, las que fueron tendidas seccionando cerros y reduciendo montes a puro pulmón, pico y pala, dinamita las más veces, cruzando valles y quebradas, rompiendo bloques de piedra más duros que el acero y una extensa remoción de tierra desde Resistencia al Río Juramento, pasando por el extremo norte de Santiago del Estero. El camino inaugural había sido abierto por las avanzadas militares, una medida dispuesta por el gobierno *pacificador* de pueblos indígenas a punta de fusil y machete, estableciendo así las primeras fronteras agropecuarias y los incipientes vestigios de un gran progreso. Tiempo

después llegaría el sistema de producción llamado “capitalista”: obrajes madereros, ingenios para el procesado de cañas y depuración de azúcar, refinerías, algodones, tabaco y minería.

La producción hervía y la Patria crecía.

Pero también hay que decir que se producen a lo largo de la recién abierta nueva carretera hechos delictivos caracterizados por la excesiva violencia y que, según las investigaciones posteriores, sus protagonistas eran no más que cinco pendencieros (incluido Vega) dirigidos por el Chiflón, ese correntino malnacido en la zona rural cercana a una población llamada Esquina.

Es notable la ferocidad con que actúan en banda, acabando a balazos con personas que transforman en víctimas después de robarles y obtener fácilmente su botín, como el caso de aquel desgraciado viajante sureño que recibe un balazo en la cara por resistirse a entregar unos pocos patacones que llevaba en el bolsillo.

Años más tarde, cuando los hechos se barajarían ya como leyendas, se intentará hacer

creer que Chiflón Gallardo era un hombre cruel e inflexible, que no elegía a sus víctimas a diferencia de Vega, y que éstas podrían ser tanto pobres braceros como poderosos aparceros.

“Fumemos otro picante (invitó Prudencio Varona, Comisario de la zona, a su camarada y amigo Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta), mientras le sigo contando”.

Milagros Vega había sido un hombre común y corriente arrastrado fuera de la ley por alguna injusticia pasada real o imaginaria (para el caso es lo mismo), que luchó en soledad y desventaja con su propio destino.

Al contrario de Chiflón Gallardo, él robaba al adinerado y distribuía en el pobrerío, pagaba generosas sumas para poder moverse libremente entre la gente, tonto no era Milagros Vega. Algunos cronistas han exagerado esta cualidad de robarles a los ricos y repartirles a los pobres, por eso nunca se sabrá su justa dimensión y calidad de un Robin Hood.

Lo cierto es que a Vega le interesaba tanto el sectarismo y para su nombre la vindicación y, por tal, pagaba a cambio de ayuda y protección.

Algunos integrantes de la llamada “resistencia popular” relataban que Chiflón Gallardo tenía buen trato con altos miembros de viejas familias caudillistas de las provincias del norte y no erraron el tiro, en un entrevero entre caudillistas y la resistencia, Gallardo acabó lisiado en arduo enfrentamiento armado.

Se salvó de milagro, el bueno oficio de un arriero que pasaba lo rescató y volvió a la vida cuidándolo con esmero escondido en su rancho.

Por su parte, protagonista de hechos resonantes que le conferían el perfil de héroe, Milagros Vega era reconocido como el esbirro de una lucha cruel y armada, y que solía entrevistarse con fieros contrabandistas de armas de Bolivia y Paraguay para hacer negocios y juntos planificar secuestros resonantes de mucha gente importante.

Se abrieron, así, nuevos focos facciosos y son secuestrados los gemelos Zucker, dos ricos

productores forestales. Ya por entonces, Milagros Vega era conocido con el correcto mote de “El Vengador” entre los vecinos que celebraban su vuelta al pago. Todavía se conserva en el “Museo Histórico Regional” la carta escrita con letra garabateada que exigía el rescate de los gemelos Zucker, firmada de su puño y letra.

— La fantasía popular no distingue entre lo supuesto y lo real —usted lo sabe Gambetta— inclusive en la modernidad de nuestros días. Algunos dicen que es Vega, que es su alma en pena la que deambula por las noches en mitad de la alameda.

— No importa quién sea o de qué se trate el asunto, Varona, pero a mí, Florencio Gambetta, Comisario de La Gallartea, me gustaría atrapar al sotreta... y después ver.

— No faltan quienes aseguran que aún sigue vengando al pueblo por sus tantas desdichas.

— ¿Y si nos ponemos en marcha, vamos para allá y atrapamos a toda la banda?

— Tranquilo, Gambetta, ya sé de su ímpetu, sosiéguese que allá no es jurisdicción nuestra.

Con el secuestro de los Zucker se consolida el accionar conjunto de Chiflón Gallardo y Milagros Vega. Pero hay un cambio: Vega se convierte rápidamente en el líder de la banda y ya no se atacará más a los pobres.

Juntos comienzan un raid delictivo escasamente comparable con ningún otro a lo largo y ancho de la historia en suelo del norte argentino.

Los Comisarios Prudencio Varona y Florencio Gambetta comentarán años después, coincidiendo en sus apreciaciones: “Vega tenía la rapidez de la liebre, la fortaleza del puma y la inteligencia del zorro”.

Al parecer no había manera de frenar la escalada de violencia. Por eso, la corriente conservadora arraigada en las provincias de *fuerte economía agraria* como Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires, que combina patrones de estancia, dueños de vidas ajenas, hacienda propia y folklore regionalista, clamaban *pronta justicia*.

“¡Ejecución!”, gritaban algunos desaforados los domingos en las ferias y en las plazas.

Estación Poncho Quemado no era más que otro pueblo lleno de pobres igual que Elvirita, Árbol Solo, Pueblo Montiel, Pago Timbó y tantos otros caseríos de la zona, su producción se reducía al cultivo de algodón y algunas huertas para consumo menor, pero también comenzaba la explotación forestal de los ingleses en los quebrachales, que tuvo franca crecida en el estreno y veloz retirada al agotarse el producto para dejar todo abandonado hasta el día de hoy.

Según se sabe, Milagros Vega menospreciaba a sus perseguidores. Solía enviar correos a los policías con grotescos dibujos para ridiculizarlos. Dibujaba uniformado al Comisario con ojos y nariz grandes montando un caballo flaco, un matungo venido a menos. En uno de ellos se burlaba también del mismísimo Jefe de Policía, pelado y tan petiso que arrastraba el sable al caminar, el mismo que no cesaba de pedir refuerzos a las autoridades centrales y prender a la banda con la ayuda nacional.

Con trabajosa letra de imprenta, Vega escribía: “Milicos cobardes y gruesos, buenos para engordar mosquitos, nunca podrán alcanzarme ni así vengan sus parientes correntinos con la Guardia Rural a buscarme”.

Llevaba varios de esos papeles en los bolsillos el día que la misma policía de la que tanto él se burlara lo abatiera a balazos a la vera de la carretera.

Una patrulla que ya sumaba cien efectivos (más que patrulla podría decirse que era una formación equivalente a un regimiento) afectados a la búsqueda y aprehensión de la banda sale a perseguir a los sujetos por el monte, unos a pie, otros a caballo.

Tenía la milicada exacta información de dónde estaban escondidos.

Dormía su siesta Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, el día después de su interesante y larga charla con Prudencio Varona,

Comisario de la zona, tal vez soñando amortajado en su porfía de atrapar fieros delincuentes cuando, de repente, un agitado chasqui de poncho y sombrero llega galopando a lo loco, se apea y golpea.

— ¡Despierte mi *comesario*, que le ha llegado una orden del juez!

La orden decía: “Sírvase de cuantos hombres disponibles queden a su mando y organice lo antes posible una partida con suministros suficientes para perseguir y detener a Milagros Vega y su banda de facinerosos, estén o no rondando su jurisdicción, vivos o muertos, para el caso da igual, confío en usted y en sus habilidades”.

Difícil hubiese sido para el chasqui describir con palabras la íntima satisfacción y particular alegría que dejaba entrever Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, recién levantado y al pie de su camastro, descalzo y en calzones, con su mirada fijada en un punto de la pared al terminar de leer la orden del juez.

Después de mucho deambular entre montes, valles, quebradas, atisbando el horizonte a efectos de notar un movimiento, observando todo con atención, buscando siempre la huella en la tierra, en la arena o en las ramas que siempre deja el hombre al pasar aunque quiera evitarlo, cruzando la *milicada* extensos bañados con las patas de los pingos metidas hasta los ijares en el barro y en los charcos, esquivando las traicioneras vizcacheras y nidos de yararás, padeciendo los hombres hambre y sed, sol y frío, cruzando arroyos y vadeando ríos, durmiendo donde podían a la luz de la luna cuando luna había, al fin llegó el día del esperado encuentro.

Entonces, rápido como un rayo, sabedor de su dominio y anticipando la faena, fiel a su instinto policial, Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, da la orden y sus hombres rodean la zona de frontera cerca de “Mulita Muerta”, un recóndito espacio donde hacía varios días estaban encubiertos Milagros Vega y toda la banda.

El agente Jacinto Novoa, sigiloso cual puma al acecho no espera, es el primero que se apea y

se arrastra hasta la espesura tomando buena ubicación y, de pronto, inesperadamente, observa que tiene a tiro de fusil al mismísimo Vega a no más de veinte metros, posición que le asegura un disparo certero. Le apunta entonces a la cabeza con su Remington del diez pero antes de que pueda jalar del gatillo recibe un sonoro tiro traicionero de trabuco en la nuca que le descarga el astuto vigía de la banda alertando a todo el mundo, y el infeliz cae muerto con su cabeza abierta como flor en primavera que la mitad de la sesera, hecha puré, quedó tendida y a la vista.

Primera baja policial.

Al correr y ver caído a su hombre la sangre comenzó a hervir y más fuerte a quemar en las venas de Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, quien enseguida ordenó abrir fuego sin discreción, para él no había enemigo que no debiera ser de inmediato matado en tan fragoso mal momento, fuego dirigido hacia la hondonada donde la banda de Milagros Vega se hallaba alborotada.

A esa altura de los hechos no había vuelta atrás.

El estruendo que produjo la letal fusilería fue tan ensordecedor que acalló el canto de los pájaros y, dada la presencia de agitados hombres disparando a troche y moche, gritando a viva voz, haciendo silbar mil balas trazadoras, esos pequeños plomos desnudos que vuelan buscando impactar en la carne del rival, aquel fastuoso campo verde, lindo y salvaje, virgen en su extensión, henchido de seres vivos, colmado de paz y armonía, mucho se parecía al Infierno del Dante.

Claramente habían sido sorprendidos por la partida los bandidos, algunos durmiendo todavía, otros carneando un ternero, los menos apostando a las tabas o jugando un truco por el honor o el facón, no se jugaba por plata.

Las huestes policiales al mando de un hombre que bien sabía lo que hacía lograron, al fin, aquello que querían.

Luego de un largo y sangriento tiroteo, disparo va, disparo viene, los miembros de la banda

de Milagros Vega caen muertos o malheridos. Gritos desgarradores, frágiles lamentos y últimos suspiros se fueron haciendo dueños del lugar.

Quedan sólo dos bandidos que logran escapar arrastrándose sobre espinas en el claroscuro del monte, sol y sombra, hojas y ramas que entorpecen la visión, y astutos como son alcanzan el cañadón: ellos son Vega y el Chiflón.

No los pudieron atrapar.

De regreso en la comisaría, después de rescatar los cuerpos de los bandidos allá tendidos y ordenar los preparativos para velar al infortunado Jacinto Novoa, fue Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, quien enfurecido por la fuga de aquellos dos en sus propias narices, sentado en su silla detrás del escritorio, inmóvil, con las botas manchadas de barro y sangre, piensa en la familia del agente muerto y le da por llorar. Enciende después un picante, manda a calentar el agua en la pava, enjuga sus lágrimas en la manga izquierda de la chaquetilla azul y se dispone a escribir el parte de lo sucedido para lectura del juez.

Entretanto, los malvados escapados se reponen del tremendo susto, nunca habían estado en su larga carrera delictiva tan cara a cara con el final, tan cerca de ser abatidos. Duros de cuero lamen sus heridas, roban dos caballos y escapan del pago. No obstante la situación, siguen secuestrando personas para obtener dinero a cambio de la liberación, firmando peticiones como “Vega y El Chiflón”.

Sabido es que de la capital siempre llegan cosas buenas y otras no tanto, es costumbre desde los inicios de la Patria, y ese día justo llegaron a Estación Poncho Quemado tres hombres vestidos de levita negra, galera y bastón, con bigotes anchos y cara de pocos amigos, a entrevistar al Comisario.

Eran tres funcionarios del Gobierno Nacional enviados a los pagos de La Gallareta. Su arribo fue temprano, a las siete, en la diligencia de los lunes. Se los veía agotados por el trajín de un viaje demasiado largo, doloridos sus huesos a causa del constante y duro traqueteo del vehículo al transitar.

No estaban solos, los acompañaba una poco habitual y fuerte custodia del Regimiento de Línea N° 7, en un número de veinte hombres armados con sable, fusil y bayoneta.

En realidad, después se supo, no se trató meramente de una entrevista, de una junta, sino de un severo interrogatorio:

- ¿Cuándo cree usted, Comisario Gambetta, que va a apresarse al tal Vega y al tal Chiflón?
- No lo sé. Por ahora no fue posible, hicimos todo lo que estuvo a nuestro alcance en la zona de fronteras durante el combate, cerca de “Mulita Muerta”, ustedes saben.
- ¿Está seguro de que a Vega no le dieron un balazo?
- No puedo estar seguro, se escapó entre las breñas.
- Dicen los lenguaraces que Vega tiene payé, están seguros de que por más que le peguen las balas no le entran. Cuentan que

una vez el agente Venancio Medina se lo topó cabalgando en una estancia de Buenos Aires, lo reconoció y le dio un tiro en la cabeza mas no hubo caso, siguió vivito como gato de nueve vidas. Después, Vega le atravesó el corazón de un chuzazo dejando viuda a su mujer, sola con sus seis *gurises*.

- No me venga con eso del payé, señor, con el debido respeto que usted merece, ni con otros cuentos parecidos que *porái* cuentan los contadores de cuentos, como esos que dicen que Vega es un ser milagroso, no es nada más que un invento del pobrerío que necesita en quién confiar, a quién creer, hablan como si Vega fuese un santo, un enviado del Señor. Sólo se trata de un hombre como usted y como yo.
- Si usted lo dice, Comisario Gambetta, así será, confiamos en que podrá prenderlo, sabemos de su reputación y coraje, siempre fiel a la ley, pero aténgase a las

consecuencias si no lo atrapa pronto o lo mata, están en juego su pericia y habilidad.

- Haré lo posible, infórmelo así a su mandatario, tal cual yo se lo digo.
- Ahora, dígame, Comisario, de encontrarse frente al bandolero qué podría usted hacer, dicen que paraliza sólo con mirarle a la cara.
- Sacaré mi Colt de la cintura y en su propia cara, la que usted dice debiera paralizarme, le meteré un balazo entre ceja y ceja, señor, para enviarlo al otro mundo.

Por la simple coincidencia de que también se llamara Vega un capataz del grupo de seguridad de La Forestal, que unos años después fuera abatido en un entredicho de polleras por las bandas de Mate Cosido y Bairoletto, más crecía una corriente de simpatía religiosa entre obreros y hacheros

hacia el bandido, sumada al reconocido payé y la protección divina.

Los uniformados, resignados, no escapaban a la influencia que dicha corriente ocasionaba, haciendo más difícil su labor.

En quechua, Chaco significa “tierra de cacería”, denominaba así en época de los incas. Según cuenta Garcilaso de la Vega, el Inca dirigía personalmente una gran batida anual con miles de soldados y cazadores a través de una zona geográfica de más de seiscientos mil kilómetros cuadrados que abarcaba, además de la zona andina, las actuales provincias argentinas de Salta, Formosa, Chaco, Santiago del Estero y norte de Santa Fe, sumados el sur de Paraguay y Bolivia y, por supuesto, como era de esperar, el pago de Estación Poncho Quemado.

El Imperio Inca se abastecía de pieles, lanas y carnes de estos lugares, y reafirmaba cada año su exclusivo dominio sobre los pueblos de la región: *abipones, mocovíes, chulupíes, guaycurús, chorotes, tobas, pilagáes, vilelas y matacos.*

No siempre alcanzarían esta meta otros imperios, otras coronas, un hecho comprobado por los propios colonizadores españoles al enterarse de que el propio Juan de Ayolas cayera herido de muerte a manos de una montonera del pueblo *carcará*.

En la inflexible escala social incaica la lana de llama se vendía entre la muchedumbre y las de alpaca y vicuña, más suaves y abrigadas, se reservaban sólo para la familia real.

De aquellos grandes bosques silvestres llenos de vida y color sólo quedaban (a fines del ochocientos) la explotación del algodón repartido en los campos del bajo y algunos establecimientos madereros entre desiertos y vinales.

El principal enemigo para la colonización y expansión de la civilización era el inexorable avance de la selva y el vinal, ese árbol de hasta siete metros con grandes espinas tan común en el chaco impenetrable. Mas con el paso del tiempo la mayor parte de bosques y selvas iría a ser comida por la explotación irracional de la madera,

transformarla en carbón para avivar las calderas de las primeras locomotoras del ferrocarril de los ingleses por una parte y, por otra, la extracción del tanino de los quebrachos para usarlo en la industria del cuero.

El gobierno central (tan poco federal) continuó entonces con la renovada tradición de oprimir y dominar como hicieran nuestros ancestros los incas. Primero a los nativos del lugar, que diezmaron por exterminio o contagio de nuevas enfermedades llevadas de la ciudad, y después con la explotación del criollo hasta dar muerte a casi todo el pobrerío que se rehusaba a trabajar como esclavo en los obrajes.

Y luego, pasados los años, tal como se viene contando en este relato de variados expresos sucesos y desairadas duras aventuras, la nueva persecución se centra en la figura de Milagros Vega y, como si fuera él la única presa, salen a cazarlo vivo o muerto temiendo que por sus venas corriese la misma sangre de un viejo guerrero *mocoví*.

En letras de molde rezaba una mañana el titular de tapa de un periódico de la ciudad: “Inspecciones a centros de trabajo”. El contenido de la crónica periodística daba cuenta de lo siguiente: “...en rigurosos registros formalizados por funcionarios del gobierno a centros de trabajo, primordialmente en sociedades dedicados a la explotación de productos forestales y algodonales en el norte del país y el Chaco Santaferino, se han comprobado transgresiones a normas que amparan la actividad del trabajador rural. Pese al avance alcanzado en este aspecto, se advierten prácticas que se creían proscritas, amparadas por ciertos poderosos que hieren el patrimonio moral, espiritual y material del ser humano. Hay firmas que siguen desairando libremente las disposiciones de ley solventando, a cambio de unos cupones y cospeles de nulo curso legal, el trabajo de sus obreros. Estos instrumentos que se entregan como pago al hachero y al algodonero sólo pueden ser negociados en la firma que los emite, sin que por las manos del trabajador, como respuesta a su jornal, pase patacón alguno”.

Efectivamente, los hechos sucedían del modo descrito en el diario, los dueños, políticos, funcionarios y demás burócratas criollos, incluyendo al caudillaje provinciano del norte argentino, ya sea por acción u omisión, ignorancia o desidia, colaboraban desde sus casas y mansiones con la administración extranjera que prometía, a esa altura de los hechos, quedarse cien años a explotar los recursos naturales y desarrollar la producción.

El nuevo gobernador asume vestido de dictador. Llega al despacho en regia carroza lustrosa descubierta y arrastrada por cuatro caballos negros adornados con penachos azules. Se cree un ser providencial, un mesías, y nace con él (y otros como él) la nueva especie de políticos que la historia argentina reproducirá hasta en cansancio.

Lejos de la gran ciudad y de todo acontecimiento superlativo que ocurría en el país durante aquellos años de extremas pretensiones, de aspirar a consolidar la Patria y acelerar el proceso de la nueva Nación-Estado, vivió este personaje ceñudo de armas tomar llamado Milagros

Vega, quien una noche cualquiera, de rondas por las afueras, al margen de la carretera, ordena:

— ¡Vos *quedáte* aquí y *avisá* si viene alguna caravana!

Sumiso, con ansias hurgando en sus entrañas, el paisano obedece. Sabe que a cambio de su servicio será generosamente retribuido. En escena similar, el personaje ceñudo luego irrumpe en un rancho apartado aquella misma noche.

— ¡Serví comida y *prepará* un lugar para dormir!

Y el puestero, igual que el paisano sumiso, también obedece.

A la mañana siguiente, Milagros Vega, el personaje ceñudo y de armas tomar, se va sin saludar pero ha dejado como recompensa sobre la mesa un fajo de billetes y tres monedas de plata.

Ciertas o no, las anécdotas se repiten y duplican, aderezadas con renovados detalles. Los que conocieron a Milagros Vega aseguran que llevaba siempre un pañuelo de dos colores anudado

al cuello y que, al extender el rectángulo de tela antes de plegarlo dos veces, dicen los habladores, la punta azul señalaba con precisión el lugar por donde vendría la partida a querer prenderlo y la punta amarilla, a su vez, por dónde debía escabullirse.

Afirman también (lo cual es improbable) que a punto de ser apresado todas las veces que lo tuvieron a tiro las partidas, podía en un instante esfumarse o bien convertirse en animal.

Un agente de policía de cuyo nombre nadie se acuerda se refirió a un episodio acaecido una tarde de verano. Dijo: “Estando a pocos metros del bandido Milagros Vega, mirándolo directo a los ojos y con mi arma apuntándole al corazón, rápido como un rayo corrió y desapareció detrás de un matorral. Tomé coraje y allí fui a buscar, grande fue mi sorpresa al mirar detrás del matorral y toparme con una vaca negra echada que me miraba fijamente”.

La policía ahora rodea el lugar donde fue dejada como cebo la bolsa de patacones para el

rescate de los dos nuevos secuestrados hacendados: los tales Mario y Giuseppe Fiorentino pero, al acercarse, los policías ven que la bolsa se ha esfumado sin que nadie pasara por la zona a menos de cincuenta metros en las últimas dos horas.

El desconcierto es total.

Todo es desbarajuste y confusión. Será por estos hechos inexplicables que al producirse distintos asaltos a mano armada en lugares alejados entre sí son siempre atribuidos a Milagros Vega y el Chiflón Gallardo, a quienes ya se les había vuelto a sumar el tal Cándido Bueno, un joven que fuera experto soplador de botellas en San Carlos devenido pendenciero.

Dicen que una vez a Vega lo paró en seco el rudo agente Severino Durán del nuevo destacamento policial de Elvirita, cerca de Estación Poncho Quemado, en el paraje conocido como Riacho Colorado. Dicen también que fue poco después de las siete y que estaban los dos solos. Durán, hijo de un viejo caudillo del norte,

sumamente severo y de cuero tan duro que era imposible penetrarlo a punta de facón (habladurías del campo), había sido uno de sus más inquebrantables perseguidores hasta que esa mañana, Vega, enfurecido como pocas veces se lo vio, le hizo pagar con su vida enviando con un chasqui su cabeza, un amasijo de tupidos y oscuros cabellos adentro de una bolsa a la mismísima Comisaría en clara señal de desprecio.

“¡Pá que sufran!”, habría dicho el matador.

En marzo del ochenta y nueve la mala suerte de la policía se confirmó: una partida de Quitilipi al mando de un cabo con mucha experiencia volvía a Estación Poncho Quemado luego de un prolongado rastillaje. Cabalgaban los seis a un costado de la carretera cuando un carruaje de cuatro ruedas y dos caballos encabritados los fue atropellando de a uno. El cabo fue el primero en caer muerto y parte del pueblo, entonces, no dudó en señalar a modo de clamor:

“Ha sido obra de El Vengador”.

Con la policía local paralizada, en la Capital se consideró que había llegado el momento de intervenir drásticamente y se le da la orden al mismísimo capitán del “7º Regimiento de Línea” que viajase al norte de Santa Fe con, al menos, medio centenar de soldados armados, fusilería y cañón.

Con cañón parecía exageración.

Luego de una marcha lenta y penosa aplazada por lluvias, donde hacer rodar un cañón por las huellas barroas de la pampa húmeda durante su paso por el “Pago de los Arroyos”, sumado a los demás pesados pertrechos militares que la tornó ruda y dificultosa, el Capitán y su tropa de soldados entrenados al fin arriba a Estación Poncho Quemado y sin demoras pone en marcha el “Operativo Cacería”, rebautizado luego por la población local como “Operativo Fiasco”.

Dijo un carrero matrero que una vez se topó con Vega en un sendero y fue así que lo acarreó unas leguas hasta dejarlo en un paraje solitario a pedido de él, y agregó: “Vega era bueno”.

Según relatara un viejo parroquiano tomando ginebra en rueda de amigos, hubo un tiempo en que Vega se había propuesto aprender a leer y a escribir de corrido. Se relacionó, entonces, con un jubilado mensajero del Correo para que su anciana esposa norteamericana de nombre Florence, una de las maestras que quedaban de las diez que a su debido tiempo habían llegado a San Juan a enseñar, lo recibiera a escondidas en la intimidad de su casa y darle lecciones de lengua y castellano.

Él, a cambio, pagaba con patacones ajenos que se hacía para sí de tantos hurtos y robos el muy sotreta.

El Ejército, junto con la Policía, había marcado la numeración de los billetes del rescate del último secuestro que permitió a la postre descubrir las maniobras de ciertos personajes encubridores, otros compinches y muchos otros alcahuetes, todos a favor de la banda. A un tal Aguilera, a uno de apellido Cejas y al holgazán de

Juan Quiroga, conocido en el pago por su vida sedentaria, los estimularon a sumarse a la ley y colaborar con la justicia a cambio de una simple “promesa de resarcimiento”. En el caso de Cejas, por ejemplo, indujeron también a su mujer a ayudar a la *milicada* a tenderles una trampa a los bandidos.

Los tres bandidos: Milagros Vega, Cándido Bueno y El Chiflón Gallardo se escondían en las tolдерías de una población Qom, de la que recibían ayuda y protección. Todo se preparó para el 1º de diciembre de 1890, el día asignado por las autoridades para llevar a cabo el operativo.

Esa fecha, antes de caer la noche, decenas de hombres armados con carabinas Remington del diez ya esperaban al acecho el paso de los bandidos por los caminos del bajo, escondidos bajo el puente carretero.

Algunos sostienen que la mujer del tal Cejas había tenido en sus mocedades un encontronazo amoroso con Milagros Vega. Ella lo negará y explicará luego que a veces sí lo había refugiado en

su casa por compasión, no por ardor, mas nadie creará su versión.

La banda, entretanto, planea un golpe maestro: ir por primera vez a la ciudad de Resistencia para asaltar la sucursal del banco y el correo. Salir de la zona rural y meterse en la ciudad a querer asaltar y de pronto matar milicos era todo un desafío, inclusive para hombres tan desaprensivos y feroces.

Los medios de la Capital confirman que la milicia enviada al norte al mando del capitán Anastasio Acuña: “Ha podido investigar y comprobar que todos los atracos simultáneos producidos en distintos pueblos, estancias y casonas de la zona son atribuidos a la banda de Milagros Vega. Que la milicia, con la colaboración de la policía local, está esperando que Vega baje la guardia y pierda influencia, modere su condición de héroe y reaparezca como un mortal entre los hombres para usar en su contra la vieja creencia popular”.

Detenida y esposada, la anciana maestra que le enseñara a leer y escribir de corrido se resiste a hablar. Se le pregunta si conoce su escondite y se le promete no ser juzgada como cómplice y sobre todo, le aseguran que se dará al bandolero *un trato afable y juicio justo*. Convencida, termina cediendo, fue ella quien reveló al Capitán el camino que tomarían los bandidos desde su escondite en la población Qom hasta la ciudad de Resistencia.

Se puede conjeturar que al escuchar los falsos informes y testimonios que adrede hacían circular entre la población ciertos arrieros y jinetes comprados con presupuesto del Estado por la milicia, Vega, Bueno y El Chiflón debieron haber creído que tenían allanada su ruta y fueron confiados directo al objetivo.

Se preparó la emboscada en Estación Poncho Quemado, a la vera de la carretera, el lugar ideal en una zona de obrajes, corazón del impenetrable. Así será escrito más tarde en el informe policial y aceptado como tal por el juez interviniente.

Pasan las horas y gritaban los teros al momento que los ven venir montados en sus caballos. Militares y policías esperan agazapados a tenerlos a tiro de carabina. Laten fuertes las sienes. Un milico se sacude el susto y los nervios con un fuerte y súbito temblor en todo el cuerpo y el capitán lo mira fijo con sus ojos de halcón volando tras la presa, al punto de querer degollarlo ahí nomás al mentecato.

Y se produce la refriega.

Una bala de cañón cortó el aire y en pocos segundos fue a dar cerca de los tres bandidos unos metros más atrás, no más, provocando tal confusión que quedaron hondamente aturdidos ante semejante e inesperado estruendo.

Inmediatamente después, tras disiparse el humo, la descarga de fusilería terminó por acallar los dulces sonidos del campo.

Dos de los tres bandidos y sus caballos caen acribillados de inmediato sobre sendos charcos de sus propias sangres: Cándido Bueno, destrozada su espalda por el vuelo de las esquirlas

de la bala del cañón y con seis balazos El Chiflón, cerca del corazón.

Vega, en cambio, herido en el hombro al caer de su alazán, corre con un hueso roto a esconderse en la espesura llevando su escopeta del doce y el pistolón de dos caños cargados de bala y odio.

Un centenar de soldados y policías pone en acción por segunda vez sus poderosas carabinas Remington del calibre diez batiendo a balazos la zona de matorrales donde suponen que se oculta el bandido malherido.

Algunos hasta dudan de que Milagros Vega siguiera allí.

Apuntan y disparan una vez más el cañón y gatillan sus armas sin ton ni son al no poder ver al escondido perseguido. Cegados por el denso humo blanco de la pólvora quemada flotando en el ambiente y respirando su acritud, notaron que ardía aún más aquel odio visceral hacia Vega carcomiendo sus entrañas.

A pesar de semejante poder de fuego, sorteando abrojos, espinos y garabatos, bastante maltrecho Milagros Vega logra internarse unos metros en la espesura. Pero la adrenalina y su sangre correntina lo hace presa de su propio mito y, sin que nadie lo esperase, hiere el aire con un enérgico *Sapucaí*, ese bramido guaraní salido de su corazón más que de su garganta, al tiempo que dispara un balazo de escopeta que va a impactar en la cabeza de Deheza, un agente acurrucado en la maleza, quien será la última de sus muchas víctimas fatales.

Ante esto, el Capitán Acuña ordena una carga de infantería con sable, bayoneta y machete directo hacia donde estaba evadido el forajido que, sin darse cuenta, con su grito y el disparo su posición había revelado.

“¡A degüello!”, grita desaforado el Capitán, haciendo tronar su vozarrón parado debajo de un caldén. Algunos sostienen que en su huída, Vega se topó con otros jóvenes soldados y agentes que, presos del miedo, se quedaron paralizados al verlo situado a menos de diez pasos de sus ojos quietos

sin poder creer que estaban frente a él. Dicen que dejaron caídos sus brazos sin intentar reacción y que por tal motivo, en inusual acto de piedad, digamos de compasión, Vega hizo una seña y les permitió ir perdonándoles la vida.

“¿A ustedes le parece bien que un valiente como él cayera en manos de cien cagones?”, preguntaba después un vecino adicto a todos quienes querían escuchar.

Según se cuenta, la partida había simulado un percance unos segundos antes de la emboscada para detener la marcha de los forajidos: una harapienta, aquella mujer del tal Cejas sumada a colaborar, fue tendida a la vera del camino cerca del puente simulando un desmayo. Pero, Vega, astuto como es, enseguida se dio cuenta y el simulacro por poco falla.

“¡Caímos!” —habría gritado a sus secuaces.

El Chiflón Gallardo fue acribillado antes de soltar las riendas y Cándido Bueno un segundo después del primer cañonazo.

Los efectivos venían preparando desde hacía tiempo la cacería, ubicando sus *tramperas* entre los sectores populares donde los bandoleros gozaban de simpatía y prestigio.

Será recién en época de Mate Cosido que se registrarán en el norte del país muchos hechos policiales de tanta repercusión como los perpetrados por Vega, Bueno y El Chiflón.

Por fin, una tarde de primavera, Milagros Vega cayó en su ley, murió en la espesura del monte donde tantas veces se escondiera siempre huyendo de la justicia. Cuando entendió que el final estaba pronto, aquel día se jugó con arrojo frente a un centenar de soldados y policías que lo rodeaban y no cesaban de disparar sus armas de fuego y acometer con sable, machete y bayoneta a cuanta sombra vieran pasar o moverse cerca.

Tal vez sea por eso que gauchos y criollos, *abipones y mocovíes, chulupíes y guaycurús, chorotes y tobas, pilagáes y vilelas, matacos y carcaráes*, y otros anónimos señores venidos de lejos desfilaran por el lugar donde permanecieron

un día entero los restos de los tres delincuentes acomodados hombro con hombro y tirados sus cuerpos boca arriba a la sombra de un quebracho para luego acabar sepultados en un rincón oscuro y olvidado del viejo camposanto abandonado de Estación Poncho Quemado.

No hubo ceremonia ni oficios religiosos.

El algarrobo, a cuyo pie cayó Milagros Vega con una chuceada en el vientre y la cara desbaratada por un disparo de Colt en la frente, se convirtió en un centro de peregrinación, sucesivas procesiones en fila india de gente humilde que pasaba llevando mantillas, rosarios y velas coloradas que dejaban encendidas en el lugar.

Todo esto sucedía hasta que un día, hastiado ya de tanta reverencia a su memoria, el gobernador ordenó talar el algarrobo, reducirlo a leña y quemar los restos de ramas y hojas sin siquiera sospechar que, a pesar de ello, la muchedumbre no dejaría de concurrir al sitio para llevarse después como amuleto una pizca de ceniza del que fuera ese árbol “cuasi sagrado” bajo cuya

sombra cayera “El Vengador”, y que guardarán por siempre con admiración y fervor.

A pesar de la vigilancia, aparecerán botellas con flores dejadas en el lugar y otros tributos adentro de un pequeño hueco en la tierra donde corriera la sangre del bandolero. Y todo tipo de otras ofrendas también resignarán anónimas manos sobre su tumba en el camposanto.

Para evitarlo, para no avivar el recuerdo de un bandolero, al año siguiente de su muerte el gobierno mandó exhumar el cuerpo de Milagros Vega y sepultarlo en otro lugar lejos de Estación Poncho Quemado, donde nadie lo encuentre... excepto Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, su verdadero y único matador que aquella tarde fatal lo esperó con su cuchillo y su Colt en la espesura hasta tenerlo cara a cara y, en un duelo de valientes, de un tajo le zanjó el vientre y baleó luego su frente para ofrendarlo a “La Muerte”.

Es él, no otro, su matador Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, quien visita a

menudo su sepulcro en señal de admiración al coraje y el sentido respeto a la memoria de un bandido que fue venerado por el pueblo.

Un tal Recluta Moreno

Injusticias hubo, hay... y probablemente habrá.

Fue Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, en persona, el convocado, el que ese día entró temprano al fortín montado en su oscuro rocín, hermoso animal cimarrón, fiero potro ventarrón trotador de media pampa (la otra media la debía) que fuera motivo de envidia de virtuosos caballeros y ciertos gauchos pendencieros que se la daban de tal hasta que los agarraba un temporal de sopapos en la jeta, dados por los jinetas con rudeza sin igual. Se apeó, metió ruido al taconear sobre los gastados listones de una burda galería con sus botas altas sin espuelas, botas negras peregrinas, sacudió el polvo juntado en el poncho durante la marcha, echó atrás su sombrero de ala ancha y resuelto entró en la capitanía.

Allí lo esperaba el Coronel que, sin ser Lucio V., también se apellidaba Mansilla.

Dos pasos atrás, a su derecha, entró también su inseparable camarada, el Sargento de

Policía Juan Rudecindo García y fue así que nadie, absolutamente nadie de todos los que allí se hallaban esperando acontecer, podía explicar lo sucedido.

El Comisario, ese experto funcionario al servicio del orden y de la ley, sabueso curtido que de ponerse a competir hubiese dejado pintado al mejor de los pesquisas incluyendo a Sherlock Holmes, apoyándose en argumentos inequívocos de sus bien aplicados seis sentidos (el policía tiene uno más entre los mortales) y no obstante los indicios que a simple vista advierte, mas no puede afirmar a sabiendas de que sería en vano, evade siempre adelantar: “el asesino es Fulano”.

Un hombre había sido muerto a plena luz del día de una puñalada en el pecho un poco a la izquierda del esternón cerca del corazón y cayó nomás fulminado, lo que le hizo acertar que el matador era diestro. El hecho ocurrió en la esquina sureste de un vasto y cuadrado espacio al aire libre utilizado como Plaza de Armas en el cuartel, formaciones en cuadro y revista de tropas del Regimiento 12º de Línea que fuera mandado por el

presidente a emplazarse en la frontera entre blancos y pampas para afirmar derechos y controlar a la indiada, deducir sus hábitos, entender su barbarie, evangelizar a la “buena de Dios”, hurgar en las tripas de la Patria y otras cuestiones menores que no vienen al caso contar.

De treinta metros por lado era el espacio abierto donde apareció este muerto.

El cuadro cubría medio fortín de tierra salitrosa apisonada y cuidada, prolijo como todo lo que rodea a la corte militar. Formados firmes y en línea, entonces, parados en sus bordes marcados con cal a pura brocha, trescientos humanos uniformados miraban suceder.

El cuerpo aún estaba allí tendido encharcado en su sangre cuando llegó Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, a inspeccionar el lugar.

Llamó a su hombre de confianza, el Sargento de Policía que lo acompañaba en la ocasión, oriundo de Punta Rincón, los pagos de Coliqueo, para decirle que su intuición, basada en

vaticinios de los que siempre hacía alarde, indicaba que había sido nomás un joven cordobés recientemente alistado, el tal Recluta Moreno, el hacedor de la muerte.

El Sargento meneó las crenchas negras debajo de su casquete ladeado a un costado de la frente sin atreverse, cauteloso, a pactar que así nomás había sido.

Claro que, para discurrir semejante sospecha debió el Comisario Gambetta interrogar previamente a los presentes hasta cerca del mediodía, haciéndoles una pregunta directa, típica de astutos Comisarios: “¡A ver, che, decime!, ¿vos mataste al infeliz?” y, mirándolo a los ojos, como esperando una mueca, un mohín inoportuno que denotara molestia o fastidio, frialdad en el rostro o quemazón, esperaba la reacción que le diera la razón.

El tal Recluta Moreno, mestizo de veinte años hijo de comechingón y madre española raptada por un malón que arrasó la campiña a finales del ochocientos, hombre de poco talento, agachó la cabeza, sudó, tosió y tragó saliva antes

de contestar al llegar su turno: “yo no, señor”, dijo, sin encumbrar la mirada. Con eso bastó, otra vez la treta del jineta había dado resultado.

¡Qué extraño y profético instinto el de los Comisarios de antes!

“Ya está —pensó— ya tengo al culpable en la mira”. Inmediatamente después de que escribiera el parte descriptivo, reducido a dar cuenta del hecho al juez de turno y de enviar luego un chasqui a llevárselo y pedir la autorización para iniciar la investigación puertas adentro del 12º Regimiento intentó, Florencio Gambetta, como parte de su treta, averiguar mejor lo acontecido, así hacen los milicos para enterarse de todo cuanto necesitan saber para luego proceder. Mas cuando volvió el chasqui con la respuesta del magistrado indicándole que se entregara a interrogar a la muchedumbre, el Comisario estaba más que convencido y en su cabeza metido que el tal Recluta Moreno era nomás el asesino.

El Recluta Moreno, que en su ruda corta vida había visto de cerca al invasor mostrar las uñas y amenazar su tierra, que tantas veces

marchara confiado y sufriente a los confines de la Patria, que ríos y bañados ha cruzado, montañas trepado, que no le detienen cercas, fosas, trincheras o cañones, ni los fieros mosquetones del caudillo compadrito o el español arrogante, que a la guerra se consagra y por el prójimo sacrifica su tiempo, su carácter y afección a la dura vida de barraca pues otra no conoce, que si le ordenan: “¡arriba!” ...se levanta, “¡adelante!”... entonces marcha, “¡muere ahí!”... ahí muere, y en el momento quizás más blando para un soldado en campaña, de su existencia lejos de casa y la querencia, carente de experiencia, pasando hambre, malestares, sueño y frío, sucede lo sucedido justo cuando acababa de recibir la última carta de su amada mujer que una vez conociera y que a ella se uniera como pegote, necesitado de amor y quien, animada por la piedad de un dudoso diosito, en su carta le hablara del regreso al ranchito *donde te esperan mi amor y el gurisito*. Ese hombre, me pregunto, el tal Recluta Moreno, simple soldado fusilero... ¿acaso no merecía que en un soplo solemne de justicia se haga algo a favor de él?

Así lo juzgó el Comisario, viejo milico avisado. Y para que no quedasen dudas de que el asesino era el sospechado lo mandó a comparecer a que explicase el por qué de la muerte. Entonces, con esa autoridad esencialmente paternal y casi despótica de todo buen mandamás, que es lo mismo decir de aquel que ejerce el poder aunque sea por un rato, se hizo la ilusión el Comisario de arrancar su confesión en el interrogatorio sumario.

El tal Recluta Moreno estaba todavía bajo el influjo del agrio sopor de su angustia por tan seria acusación. Se había afligido, sí, pero resuelto se mantenía para contestar con precisión las preguntas de prevención que le hicieran.

—Moreno —empezó diciendo afectuosamente— quiero ayudarte pero, para ello, necesito que me digas que fuiste vos el que ha matado a tu compañero de armas, y por qué.

Moreno no respondió, hundiendo ambos los ojos en sus respectivas miradas cual cuchillas afiladas y haciendo éste un gesto que dio a entender claramente lo siguiente: *déjeme nomás, patrón, repasar y recordar*. El Comisario le dio

tiempo y, cuando el recuerdo acometía al infeliz, prosiguió:

— Vamos, hijo, *decime* ahora la verdad.

— Mi Comandante —expresó con cierto aire sureño y el acento simple que delata la más tierna de las inocencias—, muchos me acusan pero yo no he muerto a ese hombre.

— ¡Recluta Moreno!, —gritó, ahora, fingiendo enojo el Comisario—, ¿por qué me querés engañar si yo te quiero ayudar?, y *tené* en claro que no soy tu Comandante, soy Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta.

— No, mi Comandante, no le miento.

— ¡*Jurálo* por Dios, carajo!

— Lo juro por Dios, mi Comandante, y por la santa virgencita patrona de mis tatas y de mi pueblo.

Esta escena ocurría lejos de todo posible testigo que no fuera otro que García, el Sargento de Policía, mano derecha de Gambetta.

La última contestación del recluta dejó al Comisario sin réplica y cayó en reflexión, apoyando tal condición de su ahora nublada mente y sobre la mano izquierda su frente apoyó como pidiendo suplencia, ninguna idea se le ocurrió ni otra pregunta que hacer, y al tal Recluta Moreno ordenó, por fin, que se retirara. Éste se cuadró cuan largo era, hizo la venia marcial, dio media vuelta y salió taconeando, batiendo las tablas del piso sin modificar un ápice el gesto de ingenuidad que había trepado a su cara.

A los pocos pasos, dos custodios militares de espaldas anchas, altos como el cardón, a la Guardia de Prevención lo regresaron al recluta tomándolo de los brazos con un brusco zamarreo para que sienta el rigor.

Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, al quedarse pensativo y dudando del sentir, cambiando de opinión invitó a su ayudante en la ocasión a sentarse frente a él y departir en el sucucho donde estaban los tres (con ellos había un ranquel al que llamaban Nahuel cebando mate, no hablaba español) antes de dictar la orden para que

el alférez del Regimiento 12° de Línea al mando del Coronel Mansilla procediese sin dilación a colaborar con la justicia y continuar con la sustanciación del informe y, como siempre hacía cuando la vacilación lo sometía, le preguntó al Sargento: “¿vos qué creés que pasó?”.

El Sargento de Policía, antiguo compañero de proyectos de ayer y el todavía, compadre de Gambetta, compinches de data vieja cuando fueron civiles y en el campo se atareaban en los corrales “Las Parejas”, era el fiscal menos engañoso que a mano había para ayudar al mañoso a descubrir lo acontecido. Nunca lo iría a negar, al contrario, para el Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, el Sargento era uno de esos hombres con imaginación sensitiva, inclinado a creer hondamente en aquello que reviste el carácter extraordinario y milagroso que impulsa la función policial.

“Él no fue, mi Comisario, *entendelo así*”.

A causa de la afirmación de su ayudante, el Comisario dejó de dudar y dispuesto estuvo a salvar el pellejo de aquel hombre de no resultar tan

vehementes los indicios contra él que el alférez describiera.

El día después, el Comisario volvió al fortín por nuevas averiguaciones y con el doble propósito de saber la verdad y de mistificar el relato del alférez sumariante que, de antemano, daba por cierta la culpabilidad del imputado exacerbando el ánimo de los soldados que ya andaban deseando fusilar de una vez al tal Recluta Moreno y pasarlo a mejor vida.

Correr cuadreras, provocar alguna riña y formar pelotones de fusilamiento eran los modos más usados para paliar el ostracismo ocasionado por la contrariada vida del soldado en el fortín si el indio anda lejos y el pendenciero tranquilo, y nada había más que hacer que prender fuego y asar, tomar mate de yerba nueva o de usada secada al sol según las circunstancias, o a la hora de la siesta, cuando el nervio duerme, echarse unas partidas de naipes apostando dos monedas, un tasajo y un pitillo sólo para recrear el ánimo. Tales eran las costumbres en aquellos tiempos difíciles

para bravos hombres dispuestos a consolidar la Patria y encumbrarla después.

Por su parte, Paredes, el nombre del alférez designado por el Coronel Mansilla como instructor para ayudar al Comisario a investigar el hecho, tanto se lo tomó a pecho que enseguida se puso en juego sin haberse visto jamás en situación más peliaguda.

Empezó por el reconocimiento del cadáver, registro y demás formalidades, y luego de llenar las primeras páginas del sumario se acercó al Comisario a pedirle instrucciones y hacerle saber que en los bolsillos del muerto no había más que dos patacones y una moneda de plata.

El Comisario Gambetta, rápido como una saeta, indicó todo lo que debía hacer y así, como quien no quiere la cosa, también le dijo al alférez: “¿No te decía yo que el Recluta Moreno no podía ser el asesino?, se habría robado el dinero del muerto”. Mas esta simpleza de opinión no surtió el efecto deseado, porque el alférez contestó: “Eso no lo creo yo, aquí hay algo raro”.

Más tarde el alférez develó que un puñal ensangrentado halló tirado en el suelo cerca del lugar del crimen entre los yuyos, pero que habiendo muchos iguales no se podía saber si era el del tal Recluta Moreno, que más tarde lo averiguaría y al Comisario le diría.

Quedaba claro que, si el sospechoso tenía el suyo consigo, entonces, el asesino obviamente no debió ser él.

Si bien la desaparición del cuchillo provisto al tal Recluta Moreno podría probar algo serio, también podría probar nada. Esta fue la sutil especulación del Sargento de Policía echada a oídos del Comisario que quedó en trance por un momento, rumiando en el discernimiento por tan precisas palabras. Sería mejor, sin embargo, para probar su inocencia, que tuviese el suyo consigo y aplacar las sospechas.

Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, sagaz urdidor de tretas, entonces ordenó al hombre de su confianza averiguar si el tal Recluta Moreno tenía consigo el cuchillo. El Sargento no tardó en saciar su curiosidad y demoró

muy poco en hacérselo saber al Comisario: “Hasta el momento de su detención, Moreno tuvo todo el tiempo su cuchillo envainado en la cintura”.

Ambos hombres de la ley quedaron perplejos, inciertos con los pasos a seguir en ese ir y venir de un cuento relatado de modo tan complicado que decidieron sortear una infinidad de detalles y llegar pronto a la verdad. Sería de nunca acabar averiguar los pormenores, convencidos estaban los dos: “El hombre es inocente de todas sus acciones”.

El Alférez Paredes, entretanto, siguió inquiriendo, embrollándose a medida que avanzaba en su pesquisa, tomando nuevas declaraciones.

Testimonios, datos y opiniones no eran más que enredos difíciles de aclarar. Lo que acabó por hacerle perder la paciencia al alférez (por no decir la cabeza) fue la declaración del propio Recluta Moreno, el acusado, que negó rotundamente haber matado al cristiano, pero manchas de sangre en la arremangada manga derecha de su camisa, cerca del puño, lo delataban.

Dijo el acusado: “Deben ser de la carneada”.

Efectivamente, aquella mañana temprano, el día que sucedió el hecho, por orden del Coronel Mansilla el infeliz había estado nomás en el matadero del cuartel con un grupo de reclutas haciendo la fajina: carnear un novillo y llevarlo al asador para alimentar al regimiento. Y para mayor confusión, fue la obra de un chambón que al querer destripar al novillo de un tajo se cortó con el cuchillo manchando con su sangre la camisa.

No obstante, sin que nadie se atreviera a afirmar lo ocurrido, la conciencia colectiva seguía forjando su destino: *Moreno es el asesino*.

Al fin, todo acabó habiendo dos costados: el de los oficiales a quienes les daba igual el resultado, y el de los menos avisados, es decir, la mayoría de soldados que sostenía que el tal Recluta Moreno era nomás el matador, hasta llegaron a difundir que éste y el muerto habían mantenido disputas acaloradas, insinuando de manera descarada y con cierta malicia por cierto, que se debían billetes.

El Alférez Paredes ya estaba cuanto menos desorientado de tanta opinión contradictoria y sobre todo inducido por el decir del Comisario, siempre a favor de declarar la inocencia del tal Recluta Moreno, dado las resultantes y evidencias que surgían en la causa.

Los soldados más endiablados, muy deseosos los malvados en querer hacer fuego al pecho del penado formados en la fila de un pelotón de fusilamiento, tenían aterrado al colega Paredes diciéndole al oído que sería durante diez noches manteado si nada podía probar en contra del reo porque faltaron indicios suficientes.

El desdichado alférez iba y venía en busca de la inspiración de Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, mas permanecía cabizbajo luego de cada reflexión de aquel hombre de la ley: “¡Cuántas veces pagan justos por pecadores!”, siempre le decía al pasar, como algo natural.

Tal como se esperaba, el sumario de prevención no tardó en quedar terminado (en campaña, tienen las milicias un plazo limitado para procedimientos legales) y elevado fue a la

comandancia. Sobre la marcha, y después de leerlo minuciosamente, el Coronel Mansilla devolvió el expediente al Comisario para su elevación al Juez y, a su vez, ordenó que el Recluta Moreno fuera sometido a un Consejo de Guerra Ordinario, la justicia militar, como correspondía en estos casos.

El Auditor del Ejército fue, a la sazón, destacado en Realicó. Era un viejo soldado letrado, hijo de español, abierto de corazón y entendimiento forzado, del general era pariente, del obispo confidente, amigo del presidente que sirvió como valiente y luchó cual hombre templado, a la vieja usanza, contra el cólera dos veces, contra la fiebre tres, contra las plagas del Paraguay, contra el miedo a morir costeando el Bermejo en cada batalla en las playas y luego quedado en el olvido, pasándolo casi a retiro para ocuparse de mandadero. Así suele pagar la Patria la abnegación de su gente, de un bravo soldado federal que estuvo con su general planificando batallas, comiendo charque viciado, quien después de perder la mano en lucha feroz con los pampas y sufrir el calor de ese enero, trepó a un cerro lindero

y se ocultó entre las breñas de aquellas tierras sureñas a esperar que pasara el entrevero.

Gracias al Auditor de mención, supo de su boca el Comisario los detalles de la causa desde la mirada militar y que Paredes, el alférez, a pesar de cierta impericia y un poco de pura malicia algo había colegido, su informe no arrojaba recelo y escrito estaba el destino: “el tal Recluta Moreno fue nomás el asesino”.

Propuesto el Consejo de Guerra, enterado Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, y creyendo en la inocencia del acusado procuró con mayor firmeza crear un ambiente a favor de su protegido. Se lo había hecho ver al Sargento: “no todo se mantiene como el viento que arrasa desde el primer momento”. Ojeó a los vocales nombrados en la ocasión, estudió rápidamente sus facciones, sus miradas, sus modos de mover las manos, sus maneras de toser, de cruzar las piernas, de soplar la nariz y tomó nota, registrando todo en su memoria. Luego, sabiendo con los bueyes que araba, conversándoles sobre el suceso y diciéndoles que buen varón era el acusado,

inocente, libre de toda culpa, les habló de la necesidad de todo funcionario de hacer lo correcto durante la prestación de sus funciones. A cada uno les dijo que el tal Recluta Moreno era soldado obediente y servicial, de un hacer heroico y formal, destacando el valor que le daba al amor por su familia, por su bandera, y por ser un hombre veraz, transparente, dio por cierta su confesión y lo creía inocente.

Se reunió el Consejo al día siguiente. Moreno ante él fue llevado con las formalidades que exige la ley y el aparato militar.

Entretanto, la opinión del batallón (con algunas excepciones) se había hecho tan acorde en contra de Moreno que a esa altura de los hechos parecía unánime e irreversible. Los soldados querían verlo caer fusilado y encharcado en su sangre. Hasta disputas había sobre su suerte apostando monedas a modo de juego macabro: unos urdían que sería fusilado sin dilación y un pequeño grupo que apostaba fuerte sostenía, a su vez, que el General en Jefe, dados los méritos y buenos servicios, condiciones personales y otros

pundonores (atribuciones de buenas personas), por cierto incapaz de asestar un cuchillazo en el vientre de un compañero, y que el Comisario hizo constar detalladamente en su informe, al fin le conmutaría la pena en caso de que el Consejo lo sentenciara nomás a muerte.

Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, era un hombre de no querer pagar dos veces el mismo error, es decir, lo creía inocente pero, a la vez, llevaba consigo la duda y la porfía que todo buen policía guarda dentro de sí hasta el último momento. Él era el único, junto al Sargento, que creía en la inocencia de ese hombre pero lejos estaba todavía de tener opinión inequívoca: que Moreno es el asesino, que Moreno no lo es. Mas lo único que sí sostenía ciertamente era que no omitiría esfuerzo alguno por salvarle la vida.

A fin de no perder el poco tiempo que le quedaba, asistió como espectador en el juicio militar, mas viendo que el ánimo de algunos era contrario a su intuición de otorgarle al hombre el perdón se disgustó sobremanera, y así se lo hizo saber con su mirada de fuego al Sargento de

Policía que cerca de él permanecía firme en un rincón del colmado salón. En alta voz alguien leyó la causa y el informe de Gambetta mas, cuando llegó el momento de votar, el Consejo en pleno se encontró atado de pies y manos, indeterminado.

En pleno uso de su conciencia, ningún vocal se atrevía a fallar condenando o absolviendo al imputado que se veía relajado sentado en una silla de paja a un costado del viejo galpón usado como salón. Entonces, guiados los miembros del Consejo de Guerra por un sentimiento de rectitud y justicia, haciendo gala de su impericia, hicieron cosa indebida.

No resolvieron esperar, fue así que el Consejo de Guerra Ordinario se convirtió en oral, teniendo Moreno que contestar a un segmento de preguntas cuyo efecto fue, nada más, la condenación del recluta. El valiente de Curupaití, de Lomas y de Abay, hacedor de mil hazañas, no obstante la cizaña que metía el querellante, ni un minuto antes empezaron las preguntas. El tal Recluta Moreno puso a un lado su entereza y a las preguntas contestó con marcada prudencia.

Entonces, puesta la fe en su inocencia, como acomodando el acento, se alzó su voz de tormento por cada rincón del galpón para que todos oyesen que no había sido el matador.

El Comisario Gambetta, Florencio de primer nombre, que de la Ley es el hombre y a su medida coteja, previo a irse y cruzar la reja intuyó el veredicto: a Moreno no le cabía otra que la condena y antes de que el recluta de vuelta estuviera en el sótano donde lo *guardaban*, sabría cuál sería su suerte: *Preparate pa' la muerte*, quiso decirle al pasar a su lado mas no se atrevió a expresar su pensar al condenado.

Se puso en movimiento mas todo resultó en vano, nada consiguió el Comisario. El Tribunal Superior, con Mansilla a la cabeza, confirmó sin perder tiempo la sentencia del Consejo y al día siguiente nomás, en la Orden del Día, salió publicado el mandato con la firma del mandamás que el tal Recluta Moreno fuera pasado por las armas respetando las formalidades, y acabar así con el hombre poniendo punto final al asunto. No había entonces qué discutir ni pensar en otra cosa

más que en la sentencia dudosa y en los últimos momentos de aquel valiente infortunado que se batiera armado con tacuara, boleadora y facón, enfrentando al enemigo de la Patria con coraje y con valor.

La clemencia, como toda generosidad, tiene caprichos difíciles de comprender, los hombres a su tiempo habían acusado a Moreno denigrando su honor y ahora sentían latir en las tripas... su muerte.

Los preparativos sucedieron.

Primero fue puesto en capilla y luego llamado el confesor a instancias del sentenciado. El tal Recluta Moreno, luego de oír el veredicto, sin pestañear siquiera cayó en una suerte de letargo. El Comisario, seguido del Sargento de Policía, se acercó varias veces a la tienda de campaña donde esta vez se lo tenía guardado al condenado como si la prisión en una tienda fuese más redentora que en un sótano de tufos y humedades, pidió al centinela que lo dejara pasar pero no consiguió que éste, estricto cumplidor de su tarea, apegado a la orden

recibida, y como todo buen soldado, tan siquiera girara su cabeza para mirarlo a los ojos.

Cuando el Padre Ferraro llegó, su confesor, el tal Recluta Moreno lo recibió con esa resignación tan propia y consoladora que, en la angustiosa hora de la muerte, da valor y el tiempo aminora.

Moreno era un cristiano de convicción, devoto de la espada y de la cruz.

Estuvieron un largo rato conversando confesor y confesante para que éste tuviese tiempo de replegar su alma, decir la verdad y obtener el divino perdón.

Vieron al padre salir de la tienda, cabizbajo. Con paso cansino y una crucecita de *palosanto* atada a una trencilla colgada del cuello, el Padre Ferraro caminó directo adonde estaba Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, debajo de un algarrobo sentado sobre el tizne de un tronco chamuscado pitando su enésima chala esperando acontecer. Le hizo a él saber no sólo de la grandeza espiritual de aquel humilde soldado, sino de su íntima entereza ante el infortunio.

“Este varón no es el matador”, le dijo el Padre Ferraro.

Quiso el Comisario saber los detalles de su confesión, mas frenó la lengua y se detuvo ante tan delicado asunto. Y luego de un leve movimiento de sus labios, de una discreta mirada penetrante, supo que el cura había reprobado su intención y le agradeció la no pregunta.

Antes de besar tres veces la crucecita de palo, el cura agregó en voz baja: “El condenado quedó en soledad, preparando su alma para el *último* final”.

Por compromiso y por dolor pasaban la noche en vela el Padre y el Comisario, sentimientos que eran intensos y verdaderos, únicos. No podían dormir a pesar del sereno y aquella miríada de estrellas rutilantes sobre todo el pago tiñendo de plata las copas, iluminando el campo y el juncal. Querían, y por momentos no, entrar en la tienda y conversar por postrera vez con el condenado. Pero Florencio Gambetta, Comisario de la Gallareta, hombre resuelto si los hubo en tiempos de la conquista, decidió hacerlo. Ayudó al sacerdote a

montar en su burrito gris, lo saludó tocando la visera de su gorra engalanada y se despidieron hasta la mañana.

“Hasta más ver”, saludó el cura, y apuró el paso con dos tacazos.

Confesado el condenado, completado ese ritual, el centinela de guardia cumplió con el mandato y al Comisario dejó pasar un rato al tiempo que se cuadraba haciéndole la venia en señal de respeto y sumisión ante semejante gran varón.

El tal Recluta Moreno se sorprendió cuando vio al Comisario agachando su espalda que tantas cargas aguantara en la función y doblando a su vez las rodillas, entrar por la pequeña raja y acomodarse a un costado en la estrechez de la tienda de campaña. Entonces, el condenado, en un acto reflejo, intentó incorporarse para saludar como saluda un soldado, de pie, de frente, noble como el caldén, mirando a los ojos.

— No te muevas, hijo —le dijo—, *quedáte* ahí sentado.

— Che, mi Comandante —seseó el condenado.

Al oír aquel “Mi Comandante”, al Comisario le pareció escuchar un amargo reproche: “Usted me deja fusilar”.

—Yo no soy tu comandante te he dicho, y quiero que sepas que hice lo posible para salvarte.

— Ya lo sé, che, mi Comandante —insistió, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Conteniendo su emoción, Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, le preguntó:

— ¿Cómo es que hiciste eso?

— Yo no hice nada malo, che, mi Comandante, nada malo.

— Has matado a un hombre.

— A muchos, sí, en batalla, pero nunca a éste, ni a nadie que no sea mi enemigo o no merezca morir.

— ¿Y cómo no lo negaste?

— Que sí lo negué, que nadie me creyó.

— ¿Y qué has confesado en el Consejo?

— Mi Comandante, no lo sé. Me han preguntado tantas cosas que me he perdido, me han embrollado la sesera con palabras que no entendía.

— Entonces, hijo, ¿vos no fuiste el asesino?

—Nunca mataría a un cristiano que no quisiera robarme la patria, la mujer o el *gurisito*, por más que ande en pedo y muy enojado yo esté.

— ¿Conocías al muerto?

—Sé que venía del Yapeyú, de los pagos del padrecito General San Martín, un recluta igual que yo.

— Hijo, ahorita mismo... ¿qué querés?

— Nada, che, mi Comandante, nada quiero que usted pueda darme.

El tal Recluta Moreno quedó pensativo un instante y enseguida agregó:

— Una cosa sí le pido, che, mi Comandante, que me haga la gracia de recoger mi sueldo del

mes, que le pague un patacón que le debo al Sargento Primero de mi Compañía por un juego de naipes perdido en buena ley y el resto mándeselo a mi mujer que vive en la Villa de Dolores junto a mi *gurisito*, pregunte usted nomás, es un caserío pobre, ya verá, saliendo de aquí nomás al norte dos días a caballo, por el camino real se puede llegar rápido si no llueve mucho.

El Comisario volvió a agacharse y salió de la tienda de campaña caminando desanimado, triste como pocas veces se lo vio, con lágrimas en los ojos, ahora sí, visibles para cualquiera que se hubiese querido acercar a mirar mejor.

Antes de retirarse, al tal Recluta Moreno le dejó, además del saludo militar, un sentido abrazo paternal.

La noche terminó de deslizarse tristemente y con exasperante lentitud. El día amaneció hermoso y el ánimo del batallón sombrío. Nadie hablaba esa mañana. Los soldados, luego de desayunar mate cocido y galletas, se disponían envueltos en un lúgubre silencio esperando las seis: esa hora

funesta y fatal ordenada para iniciar el protocolo de la fusilería.

La orden estaba dada, el propio Coronel Mansilla dirigiría la ejecución de un hombre acostumbrado a combatir a su lado cuidando sus espaldas y, llegado el caso, él bien lo sabía, como muchas veces en combate pasó, dispuesto a dar la vida por él.

Pero no lo hizo, no podía hacerlo. Dio parte de enfermo (en realidad lo estaba), dijo sentir “una bolsa de piedras en el estómago” y al segundo jefe, entonces, mandó al frente de doce hombres formando un pelotón junto al paredón.

El Comisario, por su parte, a pesar de su temple, no obstante haber empapado con sangre mil veces sus manos, viendo la muerte de cerca en muchos años de servicio, sintiéndola también recostada en su piel en tantos entreveros con comprometidos bandidos, esos varones asesinos, decidió apartarse y quedar recostado en una carreta sin mirar acontecer. Se tapó en vano los oídos con las manos. Rehusaba siquiera oír la ominosa descarga letal de los fusiles.

El Sargento de Policía, testigo ocular de la fusilada, mano derecha, compadre y amigo, leal y confidente, con frases intermitentes relató el episodio de la muerte, y le dijo al Comisario: “Por delante del pelotón desfiló marcialmente el tal Recluta Moreno repitiendo el rezo que le enseñara el sacerdote. Se arrodilló frente a la bandera y la besó. Llevaba una crucecita en la mano. Alguien leyó con voz de trueno la sentencia y luego, dirigiéndose con aire sombrío a sus camaradas, el condenado dijo con palabras firmes y aumentadas, cuyo eco repercutió con aflicción...”

El Sargento de Policía, hombre rudo en tiempos de escaramuzas, de carácter seguro y tenaz, cuero duro si los hay, debió suspender el aliento un instante, tomar una honda bocanada del aire fresco de la linda mañana y sujetar el prieto nudo en su garganta para continuar narrando, no sin antes toser dos veces y pestañear repetidamente tratando de escurrir las sentidas lágrimas que súbitamente habían trepado a sus ojos.

— Al fin, *decime*, qué terminó diciendo el infeliz —le inquirió, curioso, el Comisario.

—Dijo: “¡Compañeros: así paga a veces la Patria a los que sabemos morir por ella!”.

Fueron sus últimas palabras oídas por cien testigos formados en cuadro que nunca las desmentirán.

Quisieron vendarle los ojos. Él no quiso y sacó pecho. Negros fusiles alzaron lentamente sus cañones. Apuntaron. Se oyó un disparo que fueron doce a la vez. Hubo un resplandor y el estampido de la descarga cruzó cual fiero viento el tempranero despertar de la llanura. Volaron espantadas las aves y los cuises corrieron a esconderse al tiempo que el tal Recluta Moreno caía de espaldas con agujeros en el pecho de donde brotaba sangre criolla.

Al fin, la muerte de un soldado que no logró el enemigo en los enfrentamientos la pudo un pelotón de fusilamiento.

Los soldados verdugos volvieron a sus cuadras marchando en silencio con el cañón de sus fusiles aún humeante y ardiente.

El resto del Regimiento, impresionado con el ejemplo, tomó el caso como una lección y los hombres lloraron junto al paredón igual que se llora a un soldado gemelo caído en combate.

A los pocos días, ya en la comisaría, Florencio Gambetta, Comisario de La Gallareta, tuvo una súbita aparición.

Era el tal Recluta Moreno, parado en el umbral.

Decididamente, hay seres que nunca mueren.

Índice

Palabras preliminares del autor	9
Comisarios eran los de antes	13
Chileno el hombre había sido	60
Crimen imperfecto	68
El caso del ataúd vacío	76
El escapulario	93
El Vengador	111
Un tal Recluta Moreno	158